El Empecinado

Drama en dos partes, distribuidas en seis estampas

Personajes

por orden de aparición en escena

Vicente Sardina, jefe de partida. *El Abanto,* guerrillero. *Olalla,* mujer joven. *Juan Martín «El Empecinado». El Crudo,* guerrillero. *Nazario,* jefe de partida. *El Tuerto,* jefe de partida. *Tres Guerrilleros del Tuerto,* que no hablan. *Mme. Duval,* dama francesa. *Diego Baeza,* capitán de húsares. *El Cura Mingarro,* guerrillero. *Un Ciego,* que declama romances. *Julio Baeza,* hermano de Diego. *El Cura Merino. Un Pregonero,* que dice su pregón. *El Alcalde de Roa. Mosquete,* empleado municipal. *Dos Voluntarios Realistas. Un Oficial* de la milicia realista. *Dos Voluntarios Realistas* más.

Primera parte: 1811. Estampa I, La ley de la guerra. **Estampa II,** Hombre soy. **Estampa III,** Entre mi enemigo y yo.

Segunda parte: 1823-1825. Estampa IV, El alma partida. **Estampa V,** Todo era posible. **Estampa VI,** Honra de muerte.

Primera parte: 1811

Estampa I

La ley de la guerra

Cocina en una casa rural medianamente acomodada. Chimenea de copa. Escaños de madera a los dos lados del fogón. En el foro, puerta a la calle y una amplia ventana, con su reja. En una de las paredes laterales, puerta que conduce a las habitaciones interiores. Una tosca mesa rectangular y algunas sillas.

La acción, en un pueblo próximo a Calatayud. Es la primera hora de la tarde un día de otoño de 1811.

Al levantarse el telón hállanse en escena Vicente Sardina, jefe de una de las partidas del Empecinado, el Abanto, guerrillero de esa partida, y Olalla, mujer entre los veinticinco y los treinta años.

Escena I

Sardina, El Abanto y Olalla

(Oyese un disparo lejano. Después, un breve silencio.)

Sardina.—El último tiro del día. Si los gabachos aguantan más, se nos acaban las municiones.

Abanto.—Pero no han *aguantao.* Hoy Juan Martín ha *estao* bravo de veras.

Sardina.—¿Hoy sólo?

Abanto.—Hombre, no quise hacer de menos al día de ayer.

Sardina.—Ni al de anteayer. Ni al de trasanteayer. Tres años hace que salimos de Castrillo, y desde entonces Juan Martín no ha sido un hombre, ha sido un león.

Abanto.—¿Se acuerda *usté* del día de Roa, don Vicente?

Sardina.—Como si lo estuviera viendo. Los dos mejores hombres de Castilla, Juan Martín y don Jerónimo Merino, el cura de Villoviado, juntos contra los franceses. Un león y un tigre en competencia.

Abanto.—Con Juan Martín iba yo cuando se encontraron. «Toca esos cinco, que eres la honra de Burgos y de toda la comarca», le dijo don Jerónimo. «Y *usté,* el rey de los curas», respondió el Empecinado. ¡Qué dos hombres!

Olalla *(con viveza).*—Mira, Abanto, no mezcles a Juan Martín y al cura Merino.

Abanto.—¿Por qué? ¿No son los dos guerrilleros?

Sardina.—¿Y no son los dos valientes?

Olalla.—Sí, pero de distinto modo. *(Breve silencio.)* El Empecinado no mata a sangre fría.

Sardina.—En eso tienes razón. Pero esta guerra, Olalla, no es como las demás. Recuerda lo que los franceses nos hicieron en Ocaña. No contando que nosotros defendemos nuestra casa.

(Un breve silencio.)

Olalla.—¿No os parece que tarda Juan Martín?

Sardina.—Para ti, Juan Martín siempre tarda. Quedó en el Ayuntamiento dictando al cura Mingarro el parte de la acción.

Olalla.—La acción, siempre la acción. ¡Maldita guerra!

Sardina.—No te quejes de ella, muchacha. Esta guerra es la que te juntó con el Empecinado.

Olalla.—Es verdad. Esta guerra es mi muerte... y mi vida.

Abanto.—Buena *ación* la de hoy, señor Sardina.

Sardina.—La mejor, desde el verano. Calatayud ya está como quien dice en nuestras manos. Otra como ésta, y los gabachos no llegan a Valencia. *(Oyendo a través de la ventana.)* Alguien viene. *(Mira.)* Juan Martín en persona.

(Entran Juan Martín y el Crudo.)

Escena II

Sardina, El Abanto, Olalla, Juan Martín y El Crudo

(Entra Juan Martín con paso resuelto y aire hosco, seguido del Crudo. Contempla rápidamente la habitación, acaricia al pasar el rostro de Olalla y se sienta, en silencio, en uno de los escaños que flanquean la chimenea.)

Sardina.—¿Venís solos?

Juan Martín.—Sí; los demás quedaron en el Ayuntamiento. *(Breve pausa.)* Pronto sabrás por qué.

Sardina.—¿Mal talante, Juan Martín?

Juan Martín.—No es para menos.

Sardina.—¿No estás contento de la acción de hoy?

Juan Martín.—De la acción, sí. *(Con animación creciente.)* Ciento cincuenta prisioneros, cien muertos, caballos, armas, provisiones... Y este pueblo, que nos abre el camino a Calatayud. Si los del ejército hiciesen otro tanto, en seis meses se acababa la guerra.

Olalla.—¿De qué te quejas, entonces?

Juan Martín.—No me quejo de la victoria. *(Acariciando otra vez el rostro de Olalla.)* Ni de ti. De otra cosa me quejo. *(Breve silencio.)* Crudo, lleva mi caballo a la cuadra del alcalde. Ponle doble ración de cebada. Tú, Abanto, vete al Ayuntamiento y mira dónde puedes procurarte unos jarros de vinos. Los traes, y brindaremos por el triunfo de hoy. *(De nuevo a Olalla.)* Tú, quédate, Olalla. Quiero que veas mi justicia: la justicia del Empecinado.

(Salen el Crudo y el Abanto.)

Escena III

Juan Martín, Olalla y Sardina

Sardina.—¿Qué pasa, Juan Martín?

Juan Martín.—Pasa... que en la partida hay hombres que no merecen vivir.

Olalla.—¿Y esto te extraña? ¿Es que no conoces a tu gente?

Sardina.—Somos miles, y todos no pueden ser como las dos docenas que hace tres años salimos de Castrillo y Fuentecén.

Juan Martín *(con aire nostálgico).*—Tres años ya, Sardina. Empezamos unos pocos, y ahora somos más de tres mil. Tú, coronel, como quien dice, y yo, un viñador de Castrillo, todo un general. Hablan de nosotros en Cádiz, en Madrid y hasta en París. *(Breve silencio.)* Por cierto, que me gustaría haber tenido esta partida mía cuando Napoleón

pasó por Pancorbo. Habría visto que en esta tierra no todos somos señoritos del ejército. *(Otro breve silencio.)* Esta partida mía... *(Nueva pausa.)* Sardina, ¿sabes lo que es el Nazario, además de ser, mejorando lo presente, el hombre más *bragao* de los que me siguen?

Sardina.—¿Qué?

Juan Martín.—Un asesino. *(A Olalla.)* ¿Y tú, Olalla, sabes lo que es el Tuerto, además de ser el mejor trabuco de la partida?

Olalla.—Dímelo tú.

Juan Martín.—Un ladrón. Por dar gusto a la navaja, el Nazario estaba degollando prisioneros franceses. Y el Tuerto..., él mismo nos lo dirá. *(A Sardina.)* Ya sabes que los pleitos con mi gente me gusta ventilarlos de hombre a hombre, sin papeles y sin testigos. Bastantes papeles son ya los que nos pide el pachorrudo de Blake. Sardina, sal a la plaza y tráete contigo al Nazario. Ahí mismo está, esperando mi llamada.

(Sale Sardina.)

Escena IV

Juan Martín y Olalla

Olalla.—Juan Martín, mira lo que haces. Esos hombres no son de fiar.

Juan Martín.—Lo sé, y por eso hago lo que hago. Pero no sólo ésos. Hay muchos en la partida que hoy se dejarían matar por mí, y mañana, si las cosas viniesen mal dadas, me volverían la espalda. *(Breve silencio.)* De fiar, lo que se dice de fiar..., Vicente Sardina, el Crudo y unas docenas más. Los otros, según vengan las tornas. Me siguen por lo que ven y por lo que esperan. Por eso tengo que cuidar tanto de lo que ven.

Olalla *(con dignidad de amante ofendida).*—¿Y yo, Juan Martín, por qué te sigo? ¿Sólo por lo que espero?

Juan Martín *(acercándose a ella y acariciándola).*—Tú estás aparte, Olalla. ¿Necesitaba decírtelo? Tú eres el gusto de todas las victorias, y si llegase el caso, el consuelo de todas las derrotas. *(Con súbita gravedad.)* Oyelo bien: tú eres para mí..., no sé cómo decírtelo..., tú eres para mí... la paz que nunca tendré; la paz imposible.

Olalla *(entregada, con acento entre enamorado y sibilino).*—Si un día todos te abandonan todos, yo estaré junto a ti. Aunque tú no me veas.

(Un breve silencio. Voces al otro lado de la reja.)

Juan Martín *(volviendo a la inmediata realidad).*—Ahí vienen Sardina y el Nazario.

(Entran éstos.)

Escena V

Juan Martín, Olalla, Sardina y Nazario

Sardina.—Aquí está éste.

Juan Martín.—Hola, galán. ¿Es cierto lo que me han dicho?

Nazario *(con fiereza).*—¿Qué te han dicho?

Juan Martín.—Que para distraerte estabas degollando prisioneros franceses.

Nazario *(torvo).*—Juan Martín, yo estaba cobrándome una deuda.

Juan Martín.—¿Qué deuda?

Nazario.—¿Tú me lo preguntas? Hace dos años, estos hijos de mala madre deshonraron a mi hermana y fusilaron a mi padre. Me alisté en tu partida jurando que me la habían de pagar con sangre.

Juan Martín *(con gravedad).*—Comprendo tus razones, Nazario. También a mí se me sube la sangre a la cabeza cuando oigo cosas así. *(Con energía creciente.)* Pero, óyelo bien, Nazario: tú no te alistaste en mi partida para asesinar franceses a mansalva; tú te alistaste en mi partida para matar franceses cara a cara y en campo abierto; y para que vuelva a España el rey Fernando; y para que después de esta guerra sea España lo que tiene que ser. ¿O es que piensas que con tu navaja vas a devolver la vida a tu padre y la honra a tu hermana? *(Breve pausa.)* Esta es la ley de mi partida. El que no la quiera, ya sabe dónde está el camino.

Nazario.—Yo mataré franceses donde me los encuentre, en el campo o en el hato.

Juan Martín *(dando un puñetazo en la mesa).*—Tú harás lo que yo mande.

Nazario.—¿Es que el Empecinado, desde que es general, se nos ha puesto melindroso?

Juan Martín *(irguiéndose colérico).*—¡Cuerpo de Cristo! ¿Melindroso yo? *(Señalando su uniforme.)* Dentro de este uniforme está el hombre que araba en Castrillo. Soy pueblo. ¿Lo oyes, Nazario? ¡Pueblo! ¿Melindroso yo? Si me dejase llevar de este pronto, ahora mismo te echaba de aquí a puntapiés.

Nazario *(llevando su mano al sable).*—Eso, Juan Martín, no te lo consentiría el hijo de mi madre.

Juan Martín *(conteniéndose).*—Tienes razón, tú eres un valiente. *(Con energía.)* Pero oye bien lo que voy a decirte: desde hoy, se acabaron las ejecuciones por tu cuenta. En mi partida mando yo, y se hace la guerra a mi modo. Si te conviene, te quedas; si no te conviene, te largas. Pero si te quedas conmigo y vuelves a las andadas, te haré fusilar sin contemplaciones delante de la tropa. ¿Entendido?

Nazario *(bajando la cabeza ante la mirada de Juan Martín).*—Entendido.

Juan Martín *(dando a Nazario una palmada en la espalda).*—Y ahora, Nazario, vete a beber un jarro con tu gente.

(Sale Nazario.)

Escena VI

Juan Martín, Olalla y Sardina

(Olalla y Sardina han seguido en silencio toda la escena anterior. Cuando ha salido Nazario, Juan Martín se dirige hacia ellos.)

Juan Martín.—No es cosa fácil contener el salto de la sangre cuando a uno le han hecho lo que le han hecho al Nazario. Pero eso de matar a sangre fría y a mansalva, nunca. *(Mirando hacia la puerta.)* De esta fiera, todavía podremos hacer un hombre. De otros, no sé. Sardina, sal a la plaza y tráeme al Tuerto.

(Sale Sardina en silencio.)

Escena VII

Juan Martín y **Olalla**

Juan Martín *(sentándose con pesadumbre).*—¡Si todo fuera hacer la guerra! ¡Si estos hombres no tuvieran que volver a sus casas!

Olalla.—Tu pueblo no te merece, Juan Martín.

Juan Martín.—¿Mi pueblo? Y yo, ¿qué soy? ¿No has oído antes que soy pueblo? Y tú, que también eres pueblo, ¿no me mereces? Todos somos pueblo, Olalla, desde los que parlan en las Cortes de Cádiz hasta los que nos matamos con los franceses por estos riscos, y con esta masa de fieras y discurseadores hay que contar para que España sea lo que tiene que ser.

Olalla *(terca).*—Tu pueblo no te merece, Juan Martín.

Juan Martín.—¡Y dale! Me vas a hacer creer que estoy hecho de oro del Perú. *(Riendo.)* Pero de lo que yo estoy hecho, como nos decía el cura de Castrillo, es de carne pecadora... De carne que te quiere. *(Advirtiendo que se abre la puerta.)* Aquí está Sardina con el Tuerto.

(Entran Sardina y el Tuerto.)

Escena VIII

Juan Martín, Olalla, Sardina y **El Tuerto.** Luego, **Tres Guerrilleros**

Juan Martín.—La segunda alhaja. *(Breve pausa.)* Me han dicho, Tuerto, que te has puesto a recaudar contribuciones por tu cuenta.

Tuerto.—¿Yo? Lo que yo he hecho con mi gente ha sido cobrar a los vecinos el impuesto de la Junta Central. En el Ayuntamiento está.

Juan Martín.—Tras de ladrón, embustero. En el Ayuntamiento sólo hay una parte de lo que atrapaste. ¿Dónde está el resto?

Tuerto.—No hay resto.

Juan Martín.—Vamos, Tuerto, vamos, que ya hace mucho tiempo que me destetaron. ¿Qué tienes en esos bolsillos? *(Gesto de vacilación el Tuerto.)* Saca lo que tengas, o haré que te registren.

Tuerto *(sacando de su bolsillo unas monedas).*—Aquí está lo que tengo: cincuentra y tres pesos. ¿Es que no tengo derecho a cobrarme mis pagas? Hace seis meses que no veo un ochavo.

Juan Martín.—No, no tienes derecho a cobrarte tus pagas. Ni tú, ni nadie. Cuando hay que pasar hambre, se pasa; ésta es la ley de la partida, desde el general hasta el último hombre. *(Con áspera energía, mirando las monedas.)* Pero aquí sólo veo plata y cobre, y yo sé muy bien que tú te has quedado con oro. ¿Dónde está? *(Silencio en el Tuerto. Con creciente violencia.)* ¿Dónde está? ¡Si no hablas haré que te apaleen! *(Involuntariamente, el Tuerto se lleva las manos a su cinturón.)* ¡No hables, que ya lo sé! ¡Está debajo de tu cinturón! ¡Saca lo que lleves! *(Silencio en el Tuerto.)* ¡Saca lo que lleves, he dicho!

Tuerto.—¿Y si no me diera la gana?

Juan Martín.—Entonces, te lo quitaría yo con mis manos.

Tuerto.—En mi cuerpo no hay hombre que ponga la mano.

Juan Martín *(adelantándose con aire amenazador).*—En tu cuerpo voy a poner la mano yo, porque tú eres ladrón y porque yo soy más hombre que tú. Vas a verlo.

Tuerto *(va a echar la mano a su sable y advierte que no lo lleva).*—Así es como podrás.

Juan Martín *(deteniéndose cuando va a acometerle).*—¿Qué necesitas un sable? ¡Ahí va el mío, Tuerto! ¡Con hombres como tú, a mí no me hace falta! *(Desenvaina su sable y lo arroja a los pies del Tuerto. Este lo coge y se pone en guardia. Sardina y Olalla se disponen a ayudar a Juan Martín.)* ¡Quietos! ¡Quietos! ¡Esto es cosa mía! *(Al Tuerto.)* ¡Vamos, Tuerto, suelta ese oro, o te despedazo!

Tuerto.—¿Vas a ser tú sólo el que lo goces, Juan Martín? ¿Cuántas onzas llevas mandadas a Castrillo desde que se formó la partida?

Juan Martín.—¿Esto, encima? ¿Llamarme a mí ladrón? ¿Llamar ladrón al Empecinado? ¡Te mato, Tuerto! ¡Te mato! *(Esquivando el sablazo del Tuerto, se lanza sobre éste como una tromba, le apresa la muñeca derecha y se la tuerce con violencia. El Tuerto cae de rodillas y suelta el sable.)* ¡Así, de rodillas ante tu jefe! ¡De rodillas ante el Empecinado! ¡Y ahora, venga lo que robaste! *(Sin soltar la muñeca del Tuerto, Juan Martín, con su mano izquierda, saca de debajo del cinturón de aquél un saquito lleno de monedas y las arroja al suelo.)* ¡Aquí está el botín! *(Suelta al Tuerto.)* Ladrón, embustero, calumniador y rebelde contra tu jefe. Vas a tener tu merecido.

(Ante el gesto amenazador de Juan Martín, el Tuerto retrocede y de espaldas va acercándose a la venta. Al llegar a ésta, grita.)

Tuerto.—¡A mí los míos! ¡Los del Tuerto! ¡Juan Martín quiere matarme! ¡A mí los míos!

(Voces al otro lado de la reja. Abrese violentamente la puerta, y al otro lado de ella aparecen tres guerrilleros con trabucos y sables. Rápidamente, el Tuerto se une a ellos. Todos quedan en silencio durante unos segundos. Rómpelo Juan Martín.)

Juan Martín.—De modo que el señor estratega tenía bien cubierta su retaguardia. ¡Vaya, vaya, con el señor Antonio el Tuerto! *(Coge el sable del suelo.)*

Sardina *(adelantándose mientras desenvaina su sable).*—¡Cuidado, Juan Martín!

(Sardina y Olalla tratan de cubrir a Juan Martín. Este los aparta con firmeza y se encara con el Tuerto y los suyos, que siguen en la puerta.)

Juan Martín *(con el sable en la mano, va acercándose lenta y majestuosamente hacia el grupo de la puerta).*—¿Dispararéis contra vuestro general? ¿Mataréis al Empecinado? Lo que no han hecho las balas francesas, ¿lo van a hacer las vuestras? ¿Qué sois vosotros, españoles o gabachos?

(Sobrecogidos por el gesto y las palabras de Juan Martín, los hombres del Tuerto quedan atónitos y van deponiendo las armas. Al otro lado de la reja suena la voz del Crudo.)

Escena IX

Juan Martín, Olalla, Sardina, El Tuerto, los Tres Guerrilleros y El Crudo

Crudo *(gritando).*—¡Juan Martín, aquí estamos! ¡Soy el Crudo! ¡Veinte hombres seguros vienen conmigo!

(Los guerrilleros del Tuerto deponen las armas. Abriéndose paso entre ellos, entra el Crudo, con un pistolón en la mano.)

Juan Martín.—Ea, esto se acabó. *(A Sardina.)* Tú, Sardina, te harás cargo de estos tres pimpollos *(señalando a los guerrilleros),* los encerrarás en la cárcel del pueblo y ordenarás que les den veinte vergajazos a cada uno. Después de todo, no han querido más que matarme.

Sardina *(aproximándose a los tres guerrilleros del Tuerto).*—Tú mandas.

Juan Martín.—El Tuerto... El Tuerto es otra cosa. Es un ladrón del dinero de la Junta y del dinero de la partida. Y encima de eso, ha querido manchar mi honra diciendo que también yo lo soy. Y por si fuera poco, ha tratado de volver sus armas contra su jefe. Sí, el Tuerto es otra cosa. *(Un breve silencio.)* El corazón se me parte, porque és es el primer trabuco de la partida, pero la ley es la ley. Crudo, sácale a la plaza y que ahí mismo, para lección de todos, le fusilen tus hombres.

Tuerto *(intentando evadirse).*—¡No...! ¡Déjame seguir matando franceses! ¡Déjame vivir!

(El Crudo y Sardina le detienen.)

Juan Martín.—Ya es tarde. *(Al Crudo y a Sardina.)* Andando.

(Salen Sardina, el Crudo, el Tuerto y los tres Guerrilleros.)

Escena X

Juan Martín, Olalla y El Abanto

(Quedan solos Juan Martín y Olalla. Gran silencio, que interrumpe Juan Martín.)

Juan Martín *(sentándose con pesadumbre).*—También esto es la guerra.

Olalla *(con el mismo tono de antes).*—Juan Martín, vales más que tu pueblo.

Juan Martín *(con violencia).*—¡Calla!

(Nuevo silencio. Entra el Abanto, con tres jarros de vino.)

Abanto.—Lo he visto todo, Juan Martín. Seguramente viene a deshora este vino.

Juan Martín.—No, Abanto, no. Trae esos jarros. *(Toma dos y da uno a Olalla.)* Tómalo, Olalla. Vamos a beber un trago. *(Quedan uno frente a otro, erguidos y graves. El Abanto mira con pasmo respetuoso a Juan Martín.)* Por la victoria. Por la España de la victoria. *(Beben.)*

(Al cabo de unos segundos de silencio, suena una descarga. Una voz enérgica grita en la plaza «¡Viva el Empecinado!», y un inmenso clamor responde «¡Viva!» Mientras Juan Martín, Olalla y el Abanto siguen inmóviles, va oscureciéndose la escena. Cuando la oscuridad es total, una voz viril y grave dice los versos que siguen.)

Dura es la ley de la guerra
para el que en la guerra está.
Vida y muerte, muerte y vida,
cartas de un juego de azar.
El corazón del guerrero,
sólo esta ley cumplirá.

(Tras un breve pausa, y siempre en la oscuridad, una voz femenina da a esos versos su réplica apasionada.)

Dura es la ley de la guerra
para el que en la guerra está.
Muerte y vida, vida y muerte,
cartas de un juego de azar.
¡Pero si la guerra es vida,
algún amor llevará!

Estampa II

Hombre soy

La misma decoración que en el cuadro anterior. Dos horas más tarde. La luz empieza a declinar. En la chimenea arde el fuego.

Escena I

Juan Martín, Sardina y **El Crudo**

(Al iluminarse la escena, Juan Martín termina de dictar a Sardina un parte. Sardina, sentado junto a la mesa escribe trabajosamente. Sobre la mesa habrá un velón y algunos papeles. El Crudo dormita sobre un banco.)

Juan Martín *(dictando).*—«Por todo lo cual,... el jefe que suscribe...» *(Interrumpiendo el dictado.)* El jefe que suscribe... Si esto sigue, Sardina, vamos a terminar todos hablando como escribanos. *(Sigue dictando.)* «El jefe que suscribe... para mantener... la disciplina en la tropa... se ha visto obligado... a ordenar el fusilamiento... del jefe de partida Antonio el Tuerto,... el cual ha sido ejecutado... sin más demora...» Así se dice, ¿verdad?

Sardina.—Sí.

Juan Martín.—Pues escríbelo: «sin más demora... esta misma tarde.»

Sardina.—Ya está. *(Un breve silencio.)* ¿Estás contento, Juan Martín?

Juan Martín.—Contento, no, pero arrepentido, tampoco. Era necesario. *(Nuevo silencio.)* Que el cura Mingarro escriba el parte con mejor letra y le ponga todas esas retóricas que quieren en el Cuartel General. Y que esta misma tarde salga un correo para llevarlo al general Blake. Correrán habladurías y chismes, y hay que adelantarse con la pura verdad.

Sardina.—Así se hará.

Juan Martín.—¿Qué ha traído el correo?

Sardina *(tomando un papel de la mesa y leyéndolo).*—Dice el general que tan pronto como tomemos Calatayud, pongamos sitio a Borja. Hay que evitar a toda costa que los franceses manden refuerzos hacia Valencia.

Juan Martín.—Así se hará. Más tarde distribuiremos las fuerzas. Pero no estará mal que una partida se asome mañana mismo al puerto del Frasno. Es seguro que desde Zaragoza querrán enviar alguna ayuda a los Calatayud. *(Breve pausa.)* Y al Crudo, ahí lo tienes; no podía con su alma. No me extraña: una noche de marcha, seis horas de pelea, y para remate el trago de lo del Tuerto. Sí, a todos nos convendrá descansar unas horas.

Sardina.—A mí, desde luego. *(Mirándose la mano.)* No sé ni cómo estos dedos han podido sostener la pluma.

Juan Martín.—Envía cuanto antes el parte, y descansa. Antes de media noche habrá que salir del pueblo. *(Sacudiendo al Crudo.)* ¡Eh, Crudo! ¿Tú también te ablandas? Si entran ahora los gabachos, te despiertas en el otro barrio.

Crudo *(desperezándose).*—Pero aún estoy en éste, Juan Martín. Mi cuerpo no es como el tuyo; es de carne y hueso.

Juan Martín *(riendo).*—¿Y el mío, no? No estoy yo tan seguro, Crudo. *(A Sardina y al Crudo, que se disponen a salir.)* Ea, hasta luego.

Sardina.—Hasta luego.

Crudo *(señalando al banco).*—Voy a ver si encuentro algo más blando que eso.

(Salen Sardina y el Crudo.)

Escena II

Juan Martín y Olalla

(Juan Martín se sienta en uno de los bancos, se despereza, queda un momento pensativo, saca su reloj del bolsillo, y después de mirar la hora se acerca a la puerta lateral y la golpea con los nudillos.)

Juan Martín.—¡Olalla! *(Silencio.)* ¡Olalla!

Olalla *(desde dentro).*—Voy, Juan Martín.

(A los pocos segundos, se abre la puerta y entra en escena Olalla.)

Olalla.—Aquí me tienes.

Juan Martín *(tomando las manos de Olalla).*—Todos se fueron. Ven conmigo, serrana.

Olalla *(con visible contrariedad).*—No me llames serrana.

Juan Martín.—¿Es que no lo eres? ¿No naciste en tierras de Cameros?

Olalla.—Sí, Juan Martín; pero en tu boca, no es mi nacencia lo que esa palabra nombra.

Juan Martín.—Mucho sabes tú, serrana...

Olalla.—¡Y dale! *(Breve pausa.)* ¿A cuántas has llamado así?

Juan Martín *(con sonrisa entre pícara y jactanciosa).*—¡Qué sé yo!

Olalla.—Pues por eso. Llámame Olalla.

Juan Martín.—Es verdad. Tú eres otra cosa.

(Un breve silencio.)

Olalla.—¿Qué cosa soy, Juan Martín?

(Juan Martín se sienta y queda un momento pensativo.)

Juan Martín.—¿Sabes, Olalla, que me haces pensar muy hondo? Tanto como esta guerra nuestra. *(Un breve silencio.)* ¿Cuánto tiempo llevamos juntos?

Olalla.—Va para un año. ¿Recuerdas dónde nos encontramos?

Juan Martín.—Tanto como tú. *(Pensativo.)* Un año. Cuando yo acababa de hacer... un descubrimiento.

Olalla.—¿Un descubrimiento?

Juan Martín.—Sí: dentro de mí mismo. Descubrí que, pase lo que pase, ya no podré volver a Castrillo.

Olalla.—¿Por qué? ¿No están allí tus tierras? ¿Y tu mujer, y tus hijos?

Juan Martín.—Sí, allí están mis tierras, y mi mujer, y mis hijos. Allí tiene su casa el hombre que yo fui, pero no el hombre que yo soy. *(Un breve silencio.)* Mira, Olalla. Si los franceses nos ganan la partida, que no lo creo, yo no querré verlo y no lo veré, porque me habrán matado antes. Y si logramos echarlos de España, que los echaremos, tendré que cuidar de que tanta sangre y tanto dolor no hayan sido en balde. Es mucho lo que este pueblo nuestro está pasando para que todo se quede en los degüellos del Nazario y en las raterías del Tuerto. No. Cuando acabe la guerra, ya no podré quedarme en Castrillo.

Olalla.—Te comprendo, Juan Martín, y también por eso te quiero. Redaños para matarse con los franceses los tiene cualquiera. ¡Tú..., tú eres otra cosa! Pero yo, esta pobre mujer que la guerra ha juntado contigo, ¿qué tiene que ver con esos pensamientos tuyos?

Juan Martín.—Más de lo que tú sospechas, Olalla: ¿sabes lo que yo he encontrado en ti?

Olalla *(entregada).*—Tu gusto.

Juan Martín.—Sí, mi gusto. *(Acariciándola.)* Una piel que me estremece y me ciega. La única piel que hace olvidar a mis manos la dureza del sable *(oprimiendo la empuñadura de éste)* y la blandura de la rienda. *(Mirándola a los ojos.)* Y tus ojos, en los que no sé si me encuentro o me pierdo. Y tus besos... *(La besa. Cuando parece que va a entregarse al beso, se rehace y la aparta.)* Sí, mi gusto; pero no sólo mi gusto.

Olalla.—¿Qué otra cosa has encontrado en mí, Juan Martín?

Juan Martín.—Tu silencio: ese silencio con que me mirabas y me oías cuando yo estaba delante del Nazario y del Tuerto. Y tu entereza de mujer; esa rabia tuya cuando antes te he llamado serrana. *(Gravemente.)* Y sobre todo esto...

Olalla *(encandilada).*—¿Qué?

Juan Martín *(tras una breve pausa).*—Aunque tú me sueltas la lengua, yo no soy hombre de palabras y no sé decir todo lo que siento. *(Riendo.)* ¡Lo bien que ahora me vendrá tener dentro de esta guerrera uno de esos que tan guapamente peroran en las Cortes de Cádiz! *(Otra vez con gravedad.)* Mira, Olalla: tú eres para mí el suelo y el aire de mi nueva vida. Aquélla, la de allá, la del pueblo *(señalando a lo lejos),* es la mujer de Juan Martín Díaz, un labrador de Castrillo; tú eres la mujer del Empecinado, la

hembra que España me ha puesto delante cuando España ha sido para mí lo que tenía que ser. *(Con cierta solemnidad.)* Olalla, óyeme lo que te digo: tú eres la mujer del Empecinado.

Olalla *(con gravedad, a su vez).*—Mucho me has dicho, Juan Martín; pero aunque no me hubieses dicho tanto, tuya soy.

Juan Martín *(seductor).*—¿De veras,... serrana?

Olalla *(rendida).*—Ahora, sí.

(Se abrazan. Cuando van a dirigirse hacia la puerta lateral, suena con violencia la aldaba de la puerta de la calle.)

Juan Martín *(volviéndose con alarma).*—¡Qué oportunos! *(Con fuerza.)* ¿Quién es?

Abanto *(desde dentro).*—Juan Martín, traigo un mensaje urgente para ti.

Juan Martín.—¡Entra! *(A Olalla.)* Déjame solo un momento.

(Entra el Abanto con un papel en la mano. Olalla sale por la puerta lateral.)

Escena III

Juan Martín y El Abanto

Abanto.—Perdóname, Juan Martín, pero se han *empeñao* en que te trajese ahora mismo este papel.

Juan Martín.—¿Qué pasa? Vamos, aligera.

Abanto.—Estábamos de guardia en el camino real, y un centinela nos avisó que se acercaba un coche sin escolta. Se adelantó una patrulla, y sin disparar un tiro le echó el guante. En el coche venían una señora francesa con su criada, el cochero y uno como lacayo o mozo de cuadra. Al decirles que quedaban prisioneros de la partida del Empecinado, la señora, que por cierto es muy fina y habla casi como nosotros, se puso muy contenta, hizo sacar a la criada papel y pluma, escribió esta hoja y me pidió que te la trajese cuando antes.

Juan Martín.—Dámela. *(Toma el papel, lo despliega y lo lee.)* Vamos, hombre. *(Sonriendo.)* ¿Quién podía imaginarlo? *(Al Abanto.)* ¿Dónde está esa señora?

Abanto.—A la entrada del pueblo, esperando tu respuesta.

Juan Martín.—Vete a buscarla, y la traes. Y de paso, mira si hay una habitación medio decente en la posada. Andando.

Abanto.—A tus órdenes.

(Sale el Abanto.)

Escena IV

Juan Martín y Olalla

(Al quedar solo, Juan Martín vuelve a leer el papel que tiene en la mano, mira a lo lejos, como recordando, y sonríe de nuevo. A los pocos segundos, Olalla entra por la puerta lateral.)

Olalla.—Oí que salía el Abanto. *(Breve pausa.)* ¿Qué quería?

Juan Martín.—Traerme esta carta.

Olalla.—¿De quién es?

Juan Martín.—De una mujer.

Olalla *(inquieta).*—¿Una mujer, aquí, y escribiendo cartas? *(Breve pausa.)* ¿La conozco yo?

Juan Martín.—No. Es francesa.

Olalla.—¿Esa que un día nombró Vicente Sardina, recordando los primeros tiempos de la partida?

Juan Martín.—La misma.

Olalla.—¿Y qué hace la madama por estos andurriales?

Juan Martín.—Eso es lo que pronto voy a saber. El Abanto ha ido a traerla.

(Un breve silencio.)

Olalla.—Dime, Juan Martín: ¿qué hubo entre esa mujer y tú?

Juan Martín *(sonriendo).*—¿Celosa de lo que fui?

Olalla.—No. Inquieta por lo que eres. Temerosa de perder ese Empecinado que acaba de decirme que soy su mujer. *(Nuevo silencio. Con ansiedad.)* Dime, Juan Martín: ¿qué hubo entre esa mujer y tú?

Juan Martín *(después de pensar unos instantes).*—Por parte de ella, no sé; tal vez sólo un capricho. Y por la mía... Por la mía, algo más hondo: el arrebato del hombre del campo que en una mujer bonita descubre toda la finura y toda la anchura del mundo.

Olalla.—Cuéntame, Juan Martín.

Juan Martín.—Fue hace tres años, pocos meses después de haberme echado al monte. Mi partida operaba en el camino real de Madrid a Burgos, por tierras de Lerma. Aunque había hecho la campaña del Rosellón, con el general Ricardos, yo era entonces... un campesino con más arrestos que letras, metido a guerrillero. Allá por el otoño, en Carabias, apresamos un coche que iba camino de Burgos, y en él viajaba esta francesa. Es parienta del mariscal Moncey *(Juan Martín pronunciará «Monsé»)* y mujer de un musiú Duval *(Juan Martín pronunciará «Dival»)* que por entonces se dedicaba a no sé qué negocios de compraventa. La llevé a Castrillo, la alojé en mi casa, la cortejé, y ella..., ella le enseñó al guerrillero de Castrillo toda la finura y toda la anchura del mundo. *(Breve pausa.)* Con la cárcel pagué la aventura. Mis paisanos me denunciaron, y si no logro escaparme de la prisión de Burgo de Osma, no sé si a estas horas aún estaría allí. Así se acabó todo. Yo volví a la partida, ella se fue con los suyos, y para mí se la tragó la tierra.

Olalla.—Y ahora... ¿va a seguir enseñándote la finura y la anchura del mundo?

Juan Martín *(riendo).*—Ahora, Olalla, ya las conozco. Y no soy aquel labrador de Castrillo, sino un general que manda cuatro mil hombres. Y sobre todo te tengo a ti, que eres la reina de España y del mundo, y la mujer del Empecinado... *(Golpe de aldaba en la puerta de la calle.)* Debe de ser el Abanto, que vuelve. Por favor, Olalla, déjame que despache a solas este asunto.

Olalla.—No soy la reina de España y no sé si soy mujer del Empecinado, pero tú has tenido confianza en mí. Gracias, Juan Martín. *(Sale.)*

Escena V

Juan Martín, Mme. Duval y El Abanto

(Juan Martín abre la puerta. Entran Mme. Duval, hermosa y elegante mujer, y el Abanto. Mme Duval vestirá ropa de viaje y hablará el castellano con leve y gracioso acento francés. Juan Martín la saluda con una cortés reverencia.)

Abanto.—Aquí está la señora. El posadero me ha dicho que tiene cama para ella.

Juan Martín.—Bien, Abanto. La señora irá luego. Cuida de los criados y lleva los caballos a la cuadra.

Abanto.—Ahora mismo.

(Sale el Abanto.)

Escena VI

Juan Martín y Mme. Duval

(Al quedarse solos Juan Martín y Mme. Duval, quedan mirándose uno a otro, en silencio. Poco a poco, su rostro se va animando. Por fin ambos rompen a reír.)

Mme. Duval.—¿Me recuerdas?

Juan Martín.—¿Podría no hacerlo?

Mme. Duval.—¿Cómo me llamo?

Juan Martín *(silabeando)*.—Madame...

Mme. Duval.—Muy bien.

Juan Martín.—Antoinette...

Mme. Duval.—Excelente.

Juan Martín.—Dival.

Mme. Duval.—¡Bravo! Sigues siendo el mismo, Juan Martín. Tus labios de castellano cabal siguen sin aceptar la media tinta de nuestra *u*.

Juan Martín.—Nosotros, ya sabes; que no nos saquen de nuestras cinco letras: a, e, i, o, u. *(Ríen de nuevo.)* En cambio, tú hablas ya mi lengua como una duquesa de Madrid.

Mme. Duval.—Tres años ya entre vosotros. Poco tiempo para esta tierra, si tuviésemos paz; demasiado tiempo, con esta espantosa guerra.

Juan Martín *(con súbita gravedad)*.—Sí; demasiado larga y demasiado espantosa. *(Un breve silencio.)* ¿Y a qué debe la partida del Empecinado el honor de tu presencia?

Mme. Duval.—Iba de Zaragoza a Madrid, para reunirme con mi marido. Este sigue en España con su negocio. El cochero no sabía que los españoles hubiesen... conquistado... ¿se dice conquistado? *(gesto de sonriente asentimiento en Juan Martín)* este pueblo. Gran suerte para mí, que su conquistador haya sido Juan Martín el Empecinado.

Juan Martín *(riendo)*.—No siendo mi paisano el cura Merino, cualquier español sería cortés con una mujer tan bonita como Madame Dival.

Mme. Duval *(riendo también)*.—¿Siempre Madame... Dival? ¿Nunca Antoinette?

Juan Martín *(como recordando)*.—Antoinette...

Mme. Duval.—La que enseñó a Juan Martín a ser un poquito *citoyen du monde,* ciudadano del mundo...

Juan Martín.—Mucho te debo, Antoinette. ¿Sabes lo que para mí fue el descubrir que mi enemigo, además de ser una mujer tan linda como tú, una mujer que olía tan bien y me regalaba sus caricias, podía enseñarme a entender mejor la guerra que yo estaba haciendo?

Mme. Duval *(con coquetería).*—Al llegar a Madrid, ¿tendrán que fusilarme los míos, por traidora?

Juan Martín *(jovialmente).*—Madame Dival, la maestra del Empecinado. *(Breve pausa.)* No es un cumplido, Antoinette: desde que te oí hablar de lo que para un pueblo debe ser la libertad, esta guerra empezó a ser para mí otra cosa. Odio a vuestro Napoleón, y cien vidas que tuviese, cien vidas daría para echar de esta tierra a su tropa; odio a los españoles afrancesados, y sueño con la vuelta de nuestro Fernando a su trono de Madrid; pero además de luchar contra la gente de Napoleón y por la vuelta de Fernando, yo lucho para que España sea distinta de lo que ha sido. Mucho te debo a ti para desear tanto como deseo esa Constitución que están haciendo en Cádiz.

Mme. Duval *(sonriendo).*—Y ahora el buen discípulo me paga mis lecciones haciéndome prisionera en este horrible pueblo.

Juan Martín *(galante).*—Donde yo esté a tu lado, el prisionero seré yo. Dime lo que puedo hacer por ti.

Mme. Duval *(después de pensar un momento).*—Dos cosas.

Juan Martín.—Venga la primera.

Mme. Duval.—Darme un salvoconducto para que nadie de los vuestros me moleste hasta Madrid.

Juan Martín.—La primera, hecha. Vicente Sardina te lo extenderá y yo lo firmaré. ¿Cuál es la segunda?

Mme. Duval.—La segunda es más fácil. *(Breve pausa.) (Con cierta gravedad.)* Juan Martín, vais a ganar esta guerra. Más aún: entre vosotros, los rusos y los ingleses, vais a acabar con Napoleón. Después, ¿qué será de nosotros, los franceses? Esto te pido: que cuando entres en Madrid, y seas *maréchal* de vuestro rey Fernando, y te aclamen los que, además de ser enemigos de Napoleón, son también enemigos de las luces de mi país, entonces recuerdes que una mujer francesa te enseñó lo que hoy significa una linda palabra de vuestro idioma.

Juan Martín.—¿Cuál?

Mme. Duval.—La palabra «libertad».

Juan Martín *(lentamente, como adivinando el futuro).*—Ese recuerdo va a ser mi vida... o mi muerte. *(Un breve silencio. Bruscamente.)* Vamos a preparar tu salvoconducto y a ver si es de veras decente tu alojamiento para esta noche. No me fío mucho del Abanto, como aposentador.

(Van a salir, y de nuevo quedan mirándose uno a otro.)

Mme. Duval *(con irónica ingenuidad).*—Mi querido aprendiz de ciudadano del mundo...

Juan Martín.—Mi dulce enemiga... *(Acercándose a ella.)* Me has pedido dos cosas. Otra más voy a prometerte yo.

Mme. Duval.—¿Cuál?

Juan Martín.—Que, para mí, esa lección que ahora me has recordado siempre tendrá un nombre.

Mme. Duval.—¿Qué nombre?

Juan Martín.—Este: *(silabeando)* An-toi-nette.

Mme. Duval.—¿Antoinette... Duval?

Juan Martín.—No; sólo Antoinette.

Mme. Duval.—Entiendo. Sólo Antoinette. Un nombre sin *u*. Un nombre francés a la medida de tus labios de castellano.

Juan Martín.—Sí.

(Un breve silencio. Ambos siguen mirándose con expresión apicarada y comienzan a reír suavemente.)

Mme. Duval *(silabeando).*—Juan Mar-tín...

Juan Martín.—An-toi-nette...

(Toma Juan Martín la mano de ella, y salen ambos, sin cesar de reír.)

Escena VII

Olalla

(Queda sola la escena. Al cabo de unos segundos, se abre la puerta lateral, y Olalla asoma su cabeza. Entra, olfatea con ansiedad en el aire de la habitación el perfume de Mme. Duval, se acerca a la mesa, toma de ella la hoja que trabajo el Abanto, la mira, vuelve a dejarla y se sienta en uno de los bancos. En su actitud y su expresión, como antes en sus movimientos, se mezclarán visiblemente la inquietud y la dignidad. Poco a poco va extinguiéndose la luz de la escena, hasta la total oscuridad.)

Escena VIII

Olalla y Juan Martín

(Vuelve la luz. Olalla sigue donde estaba y en la misma actitud. A los pocos segundos, se abre la puerta de la calle y entra Juan Martín.)

Olalla.—¿Qué quería la francesa?

Juan Martín.—No mucho. Un salvoconducto y alojamiento hasta mañana.

Olalla.—¿Nada más? *(Calla Juan Martín. Un breve silencio.)* ¿Nada más? *(Nuevo silencio.)* Ven aquí, Juan Martín. *(Este se acerca.)* Siéntate junto a mí. *(Juan Martín, como un niño, lo hace.)* ¿Qué has encontrado en mí? Tu gusto, mi silencio, mi rabia... ¿Qué soy yo para ti? La mujer que en la guerra te hace conocer la paz; la paz de esta guerra nuestra. ¿Recuerdas lo que hace un rato me llamaste?

Juan Martín *(subyugado por el extraño hechizo de Olalla).*—Sí: la paz que nunca tendré; la paz imposible.

Olalla.—Mientras Olalla esté junto al Empecinado, al Empecinado no le será imposible la paz. *(Breve pausa.)* Estás cansado, Juan Martín. Necesitas dormir. Apóyate en mí, y duerme. Una hora, al menos... *(Juan Martín, poco a poco, se reclina sobre Olalla, apoya su cabeza sobre las piernas de ésta con la cara hacia arriba, y queda mirándola fijamente, fascinado por la delicada ternura maternal de su amante.)* Duerme. Duerme... *(Canta.)*

Duérmete, Empecinado,
duerme sin prisa,
que este pueblo de España
te necesita.
Duérmete, Empecinado,
duerme y descansa,
que después de esta guerra
te espera España.

(Mientras Olalla canta la segunda estrofa, va oscureciéndose lentamente la escena.)

Estampa III

Entre mi enemigo y yo

La misma decoración que en el cuadro anterior. Unos minutos más tarde. Penumbra.

Escena I

Juan Martín y **Olalla**

(Al iluminarse la escena, Juan Martín sigue durmiendo sobre el regazo de Olalla. Al cabo de unos segundos, un golpe de aldaba en la puerta de la calle.)

Olalla.—Va, va...

Juan Martín *(despertando súbitamente e incorporándose).*—¿Quién llama? *(A Olalla.)* Me había dormido...

Sardina *(desde dentro).*—Soy Sardina. Hay algo que debes conocer, Juan Martín.

Juan Martín.—Voy.

(Juan Martín se dirige hacia la puerta y la abre. Entra Vicente Sardina.)

Escena II

Juan Martín, Olalla y **Sardina**

Sardina *(entrando).*—Perdóname, pero este pleito sólo tú puedes resolverlo.

Juan Martín *(con cierta alarma).*—¿Qué pasa? ¿Contraatacan los franceses?

Sardina.—No, es otra cosa. Uno de los prisioneros, un capitán de húsares, ha intentado fugarse, y el centinela le ha herido en un brazo. Al detenerle de nuevo, ha cerrado la boca, y no ha habido Dios que pudiera sacarle una palabra. Yo sospecho que no es francés; vamos, que es español. Y tratándose de un oficial, tú eres el que debes tomar cartas en el asunto.

Juan Martín.—¿Un oficial, dices?

Sardina.—Sí; de húsares.

Juan Martín.—Ahora lo recuerdo. En lo más duro del meneo de esta mañana, cuando ellos cargaron; venía derechito hacia mí; y si el Crudo no le mete a su caballo una bala en el pecho, no sé en qué habría parado aquello. *(Breve pausa.)* ¿Dónde está?

Sardina.—Ahí fuera, entre dos hombres de mi partida.

Juan Martín.—Traelo tú. Esos hombres, que no entren. *(Sale Sardina.)* Y tú, Olalla *(dirigiéndose a ésta)*, deja que Sardina y yo resolvamos a solas este asunto.

Olalla *(con ironía un poco melancólica).*—Esta vez, al menos, Francia no traerá perfumes. *(Sale Olalla por la puerta lateral.)*

Escena III

Juan Martín, Sardina y Diego

(Queda Juan Martín solo. A los pocos segundos, entran Sardina y Diego Baeza. Este vestirá uniforme de capitán de húsares del ejército francés y llevará el brazo izquierdo, toscamente vendado, en un cabestrillo.)

Juan Martín.—¿Herido? ¿Es cosa grave? *(Silencio de Diego.)* Además de herido, mudo. ¡Vamos, responde! *(Diego sigue en silencio.)* ¿Qué pasa? ¿Estás sordo, estás mudo o no quieres hablar? Porque entenderme, me parece que me entiendes. *(Persiste el silencio de Diego.)* Por lo visto, te propones hacernos perder la paciencia. En fin, tú lo has querido. *(Se acerca a Diego y le sujeta con fuerza el brazo sano.)* Regístrale, Sardina. *(Hácelo Sardina, y en la cartera del uniforme de Diego encuentra un papel.)* Vaya, ya tenemos algo. *(A Sardina.)* Dame ese papel. *(Sardina se lo da, y Juan Martín lo lee.)* Mucha letra francesa hay aquí. Ya veo: es tu nombramiento. Y aquí hay un nombre, que tiene que ser el tuyo. ¿Te llamas Diego Baeza? *(Este no responde.)* Vamos, amiguito, ponte en razón, o tendré que perder los buenos modos. ¿Te llamas Diego Baeza?

Diego *(después de un nuevo silencio, irguiéndose con dignidad).*—Sí.

Juan Martín.—Ya vamos sabiendo algo. ¿Eres español?

Diego.—Sí.

Juan Martín.—¿Y por qué vistes ese uniforme?

Diego.—Porque es el mío.

Juan Martín.—¿El tuyo?

Diego.—Soy capitán de húsares.

Juan Martín.—¿Del ejército francés?

Diego.—Del ejército francés.

Juan Martín.—¿Y cómo, no siendo francés, has ascendido tan ligero?

Diego.—No he ascendido. Antes fui capitán de caballería del ejército español.

Juan Martín *(tras una breve pausa; con gravedad).*—Lo que faltaba para redondear el día: primero un asesino, luego un ladrón y ahora un traidor. *(A Sardina.)* ¿Qué hacemos, Sardina)

Sardina.—Pegarle un tiro en la nuca y enterrarlo. Así sabrá bien lo que pesa la tierra de España.

Juan Martín.—Ganas, no me faltan. Pero a un hombre, aunque sea un traidor, no se le puede condenar sin haberle oído. *(Breve pausa.)* ¿Qué hacemos? ¿Le mandamos al Cuartel General o le juzgamos aquí?

Sardina.—¿No eres tú general? Aquí puede ser el juicio.

Juan Martín.—Tienes razón. Aquí será el juicio. *(Breve pausa.)* El Crudo, tú y yo formaremos el tribunal; el cura Mingarro será el secretario. Sácalo, y que tus hombres le custodien. Luego buscas al Crudo y al cura y venís los tres cuanto antes.

Sardina.—A tus órdenes.

(Salen Sardina y Diego.)

Escena IV

Juan Martín y Olalla

(Queda Juan Martín solo. Pasea lentamente por la escena con expresión meditabunda. Luego se acerca a la puerta lateral y la abre.)

Juan Martín.—¡Olalla!

Olalla *(dentro).*—Voy, Juan Martín.

(A los pocos segundos, entra Olalla.)

Juan Martín *(con voz grave).*—Olalla...

Olalla *(alarmada).*—¿Qué te pasa?

Juan Martín.—Lo peor que podía pasarme. La cobardía de la gente, la aguanto; después de todo, querer vivir no es cosa mala. Lo que no puedo aguantar es la traición.

Olalla.—¿La traición? ¿Quién es el traidor?

Juan Martín.—Uno de los prisioneros no es francés; es un capitán español que está sirviendo a Napoleón. Contra nosotros luchó esta mañana.

Olalla.—¿Y eso te hace sufrir?

Juan Martín.—Mucho. El pensar que un español es mi enemigo, me quema el alma.

Olalla *(dura).*—Manda que lo maten; más que el Tuerto no vale. *(Acercándose a Juan Martín con amor.)* Un traidor no merece que tú sufras.

Juan Martín.—Tenemos que oírle. Sardina, el Crudo y yo vamos a formar el tribunal del juicio.

Olalla.—Tiempo perdido. Es traidor, y basta.

Juan Martín.—Olalla, nunca es tiempo perdido el que se emplea en oír la verdad de un hombre.

Olalla *(mirando con respeto a Juan Martín).*—Mucho vales, Juan Martín. Porque sé que te molesta, no te repito lo que antes te dije.

Juan Martín *(con tono ligero).*—Deja esos cumplidos para los gabachos con su Napoleón. Aquí todos somos pueblo, y cada gallo tiene su pepita... y su cresta. *(Gravemente otra vez.)* Hay traidores, sí; pero ¿dónde no los hay? *(Escuchando.)* Me parece que ya están ahí Sardina y el Crudo. *(Golpe de aldaba en la puerta.)* ¡Adelante!

(Entran Sardina, el Crudo y el cura Mingarro. Este vestirá un uniforme mixto de sotana y guerrera, y llevará sable al cinto.)

Escena V

Juan Martín, Olalla, Sardina, El Crudo y el Cura Mingarro

Sardina.—Aquí estamos.

Juan Martín *(al Crudo y al cura Mingarro).*—Ya os ha dicho Sardina de qué se trata. Para mí, un trago peor que una carga de coraceros. *(Al cura Mingarro.)* Cura: ¿ha traído papel y pluma?

Cura Mingarro *(mostrando el tosco estuche que lleva consigo).*—De todo traigo. Guerrillero, cura y escribano. No os quejareis del servicio que presto en la partida.

Juan Martín.—Buen sable, buena letra y buen *requiescat in pace* cuando le llegue a uno su hora. No está mal. *(Breve paus...)* No hay que perder tiempo, si queremos salir de este pueblo a media noche.

Crudo.—¿Qué hemos de hacer?

Juan Martín.—Constituir el tribunal, como diría uno de los del Cuartel General. Pondremos la mesa en el centro, y una silla delante. El cura, en uno de los costados. Adelante.

(Dirigidos por Juan Martín, Sardina y el Crudo disponen la mesa en el centro de la escena, con tres sillas en uno de sus lados largos, otro en uno de los cortos y otra frente a ella.)

Sardina.—¿Así?

Juan Martín *(contemplando el conjunto).*—Así está bien. El lugar no da para más. *(Breve pausa.)* Ahora, Sardina, ve a buscar al traidor.

(Sale Sardina.)

Escena VI

Juan Martín, Olalla; El Crudo y el Cura Mingarro

(Prodúcese un breve silencio. Lo rompe Juan Martín.)

Juan Martín *(al cura Mingarro).*—Cuando decía misa en Fuentecén, ¿quién le iba a decir a usted, cura, que iba a verse metido en estos berenjenales?

Cura Mingarro.—Para todo lo que se presentara me eché yo al monte contigo, Juan Martín. En estos tiempos que corremos, hay que servir a Dios con el trabuco.

Crudo.—Y *usté* no lo hace mal, que digamos.

Juan Martín.—Quitando al cura de Villoviado, que con ese no hay cristiano que compita, que me digan a mí dónde hay un guerrillero como nuestro don Venancio Mingarro.

Cura Mingarro.—Se hace lo que se puede. Y en lo demás, lo que decíamos en el seminario: *nemo dat quod non habet.*

Crudo.—No nos venga con latines, don Venancio. ¿Qué quiere decir eso?

Cura Mingarro.—Que si no doy más de mí, es porque más no tengo.

Juan Martín.—Por curiosidad, cura: ¿qué le gusta a usted más, el rosario o el trabuco?

Cura Mingarro.—Más latines: *distingue tempora et conciliabis iura.*

Juan Martín.—En cristiano, cura, en cristiano.

Cura Mingarro.—Que cuando hay que quitar de en medio enemigos de nuestra santa religión, el trabuco. Y cuando no...

(Golpe de aldaba en la puerta.)

Juan Martín.—Ahí está Sardina con el traidor. *(Al cura Mingarro.)* Si Dios no lo remedia, cura, hoy va a necesitar el rosario. *(Con voz fuerte.)* ¡Adelante!

(Entran Sardina y Diego.)

Escena VII

Juan Martín, Olalla, El Crudo, El Cura Mingarro, Sardina y Diego

Juan Martín.—Bien. Vamos a empezar. *(Señalando a Sardina y al Crudo sus puestos.)* Vosotros, aquí. *(Al cura Mingarro, indicándole el suyo.)* Usted, aquí. *(A Diego.)* Y tú, aquí. *(A Olalla.)* Tú, Olalla, siéntate en uno de esos bancos. Servirás de público. *(Todos van ocupando sus respectivos lugares.)* Todos en pie. *(Breve pausa. Con voz solemne.)* Va a comenzar el consejo de guerra contra Diego Baeza, capitán de caballería. Que Dios nos ilumine. *(Se sientan. A Diego.)* Tú también puedes sentarte. Estás herido y has perdido sangre. *(Breve pausa.)* ¿Te llamas Diego Baeza?

Diego.—Sí. *(El cura Mingarro, que habrá sacado de su estuche papel, pluma y tintero, escribe.)*

Juan Martín.—¿Eres español?

Diego.—Sí.

Juan Martín.—¿Sirves como capitán de húsares en el ejército francés?

Diego.—Sí.

Juan Martín.—¿Fuiste antes capitán de caballería del ejército español?

Diego.—Sí. *(Breve silencio.)* Ya tenéis bastante para condenarme. Ahorcadme, si eso es lo que queréis.

Juan Martín.—Alto ahí, amigo. Aquí no se ahorca a nadie sin que él se explique. ¿Puedes decir algo en tu defensa?

(Un breve silencio.)

Sardina.—¿Por qué vistes ese uniforme?

Diego.—Porque quiero lo mismo que vosotros, pero por camino más seguro.

Juan Martín *(con ira contenida).*—¡Cuerpo de Cristo! No me quedaba más que oír. ¿Qué tu quieres lo mismo que nosotros?

Diego.—Sí. ¿Por qué lucháis vosotros?

Juan Martín.—Aquí el que pregunta soy yo. ¿Por qué luchas tú?

Diego.—Por una España libre, ilustrada y próspera.

Juan Martín *(dando un puñetazo en la mesa).*—¡Bravo! Y para conseguir que España sea libre, te has unido a los que la han invadido y la tienen como esclava.

Diego.—Para conseguir que España sea libre, me he unido a los que saben y enseñan lo que es la libertad.

Juan Martín *(con ira).*—La libertad que enseñaron los mamelucos de Murat a los patriotas de Madrid. La libertad que nos ha traído Pepe Botella.

Diego.—Creo más en esa libertad que en la que nos traiga Fernando VII.

Juan Martín.—Crudo, Sardina, cura, ¿estáis oyendo? Nunca pude sospechar que hubiese un español así. Traidor a su país y lacayo de un rey extranjero.

Diego.—Los abuelos de vuestro Fernando, ¿fueron acaso españoles? Quiero una España libre, ilustrada y próspera, y por ella lucho; la España que Fernando no os dará jamás.

Juan Martín.—¡Peste de afrancesados! *(Con pesadumbre.)* Malo es tener enfrente un enemigo a muerte; pero más malo es saber que entre ese enemigo y tú hay gente que tu misma sangre. *(Levántandose y acercándose a la silla donde está sentado Diego.)* Mira, galán, también yo quiero entenderme con los franceses; pero ellos, en su casa, y yo, dueño de la mía. Mientras esto no ocurra, guerra sin cuartel.

Sardina.—Déjalo, Juan Martín; ya hemos oído bastante.

Diego.—Podéis matarme; no espero otra cosa. Pero la España que yo quiero no morirá conmigo.

Juan Martín *(exaltado, colérico).*—¡La España que tú quieres no la traerán los que nos roban y nos matan! *(Conteniendo su ira, se aproxima a Diego y le señala con su índice.)* Tú te apuntaste en el bando del fuerte, en el bando del amo de Europa. Adivino tus cuentas: «Napoleón aplastará en un santiamén a los patriotas, luego retirará sus fuerzas, quedaremos en España los españoles, y yo, que tuve el acierto de madrugar, en menos de general no me quedo». ¿No ha sido así? *(Diego no responde.)* ¿No ha sido así? *(Diego sigue en silencio.)* Pero Napoleón no ha podido con los patriotas. *(Con fiereza.)* ¡Aquí estamos, para que España sea lo que tiene que ser! Y de paso, para ver cómo vuestros amos desprecian a los que les servís como lacayos. ¿No has visto cómo te despreciaban tus propios soldados? ¿No se te ha encendido el alma viendo cómo ellos, tan civilizados, tan sabihondos, se reían de nosotros, los españoles? *(Diego baja la cabeza.)* Y esto, ¿no os estaba diciendo dónde estaba tu puesto?

(Un breve silencio.)

Sardina.—Juan Martín, este hombre ya nos ha dicho bastante.

Juan Martín *(volviendo a su silla).*—Es verdad. *(A Diego.)* ¿Tienes algo más que declarar?

Diego *(con dignidad).*—Lo que antes os dije: que la España que yo quiero no morirá conmigo.

Juan Martín.—Bien. Ha terminado el juicio. *(Pausa. A Diego.)* Diego Baeza, vas a oír tu sentencia. *(Breve pausa.)* Todos en pie. *(Sardina, el Crudo y el cura Mingarro se ponen en pie. Al Crudo.)* Habla tú, Crudo.

Crudo.—Pena de muerte.

Juan Martín *(a Sardina).*—Habla tú, Sardina.

Sardina.—Pena de muerte.

Juan Martín.—Pena de muerte. *(Hondo silencio.)* No serás ahorcado; eres oficial. *(A Sardina.)* Sardina: un pelotón de los tuyos le fusilará delante de la tropa, antes de salir del pueblo. *(Al cura Mingarro.)* Usted, cura, le dará a firmar sus declaraciones, si es que él quiere firmarlas. Luego, se pondrá a su disposición. Hay una hora de la vida

en que todos debemos ser iguales. *(Todos quedan inmóviles durante unos segundos. A Sardina.)* Sardina, que esos hombres que has dejado ahí *(señalando al otro lado de la reja)* pongan al reo en lugar seguro. Luego, vuelves.

(En silencio, Sardina se acerca a Diego, hace que éste se levante, le conduce hasta la puerta de la calle y sale con él. Cierra la puerta tras de sí.)

Escena VIII

Juan Martín, Olalla, El Crudo y **El cura Mingarro**. A poco, **Sardina**

(Al salir Sardina y Diego todos quedan inmóviles y silenciosos. Regresa Sardina, y se sienta de nuevo en la silla que antes ocupó. Sigue el silencio. Juan Martín pasea por la escena con rostro ceñudo.)

Juan Martín *(con energía creciente)*.—La España que yo quiero no morirá conmigo... ¿Qué España es ésa? Sí: una España con más libertad y menos pobres... ¡Pero esa España la tenemos que hacer nosotros! ¡Nosotros, no los traidores! *(Mira en torno a sí.)* ¡Tú, Sardina, que cuando echemos a los franceses volverás a sembrar la tierra de Fuentecén! ¡Tú, Crudo, que cuando vuelvas a tu fragua la mejorarás! ¡Tú, cura Mingarro, que cuando dejes el trabuco vas a rezar el Padrenuestro mejor que antes! *(Cambiando de acento; más íntimamente.)* Y tú, Olalla, que con tu querer me enseñas la paz de esta guerra. *(Breve pausa. Otra vez con energía.)* ¡Nosotros, todos nosotros! ¡Los que ya han muerto, los que vivimos, los que mañana han de nacer! ¡Todos los que hemos aprendido a sufrir y a esperar! *(Queda en silencio, se detiene en el centro de la escena, y con voz más serena prosigue.)* Sardina, Olalla, Crudo, cura Mingarro, venid aquí. *(Todos se le acercan subyugados. Con fiereza.)* Somos el pueblo que lucha y espera; el pueblo del Empecinado. *(Otra vez con más serenidad.)* La España que yo quiero no morirá conmigo, ha dicho el traidor. Nosotros somos el pueblo de España. Nosotros somos España, y la queremos con más libertad y menos pobres. *(Breve pausa. Más serenamente.)* Decid conmigo: Con nosotros vivirá España; con nosotros vivirá España... *(Todos le contemplan en silencio, como transfigurados. Es el caudillo de su esperanza. Un foco dará realce al grupo, sobre la penumbra que va invadiendo la estancia. Y mientras Juan Martín va diciendo esas palabras, cae lentamente el telón.)*

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Segunda parte: 1823-1825

Estampa IV

El alma partida

Preludio

Al levantarse el telón no habrá nadie en escena. De manera realista o alegórica, la decoración representará un pueblo de España. Entra el Ciego, y acompañándose con su guitarrón salmodia el romance siguiente:

Un hombre nació en Castilla
tan valiente como honrado;
su nombre era Juan Martín;
su mote, el Empecinado.
Gloria daba su manera
de gobernar el arado,
pero a más altos destinos
le tenía Dios llamado.
En mil ochocientos ocho,
Napoleón el gabacho,
con lo mejor de su tropa
suelo de España ha pisado.
Hombres, mujeres y niños
al punto se levantaron;
si unos son fieros leones,
los otros son toros bravos,
y a la cabeza de todos
Juan Martín el castellano.
Seis años duró la guerra,
todo es sangre, todo es llanto,
pero al fin los españoles
ya han hecho rey a Fernando.
¡Qué mal señor, este rey!
¡Juan Martín, qué buen vasallo!
Los que la guerra juntó,
la paz los ha separado;
Constitución quiere el uno,
Altar y Trono su hermano;
con todos hace su juego
don Fernando el Deseado.

Para ahogar la libertad,
tropas de Francia ha llamado,
cien mil de todas las armas
el Pirineo han cruzado;
hijos de San Luis les dicen,
yo en eso, ni entro, ni salgo,
sólo sé que los patriotas
van a salirles al paso.
Otra vez don Juan Martín
ha montado en su caballo;
pero los tiempos son otros,
España se ha desgarrado.
Contra Juan Martín pelea
el cura de Villoviado,
quien fue terror de los franceses,
con ellos va de la mano.
Por la santa libertad
Juan Martín se ha declarado,
don Jerónimo Merino
lucha en el bando contrario;
así los hombres de España
sus vidas están quemando.
Españoles que me oís:
si tenéis corazón sano,
considerad el destino
del valiente Empecinado.

(Sale el Ciego. Se oscurece la escena y se levanta el telón que sirvió de fondo al romance. Al volver la luz, la decoración representará un paisaje agreste de la tierra de Burgos. Pinos y rocas. Al fondo, en un claro, el tosco cobertizo donde tiene su puesto de mando Juan Martín el Empecinado. Estamos en 1823, y el antiguo guerrillero, ahora general del ejército, trata de oponerse al avance de los Cien mil hijos de San Luis. Frente a él está el cura Merino, que ayuda a las tropas francesas en su marcha hacia el sur de España.

Es de día. Primavera. En escena, Juan Martín y Julio. En el aspecto y los modos de Juan Martín son bien perceptibles los doce años transcurridos desde la estampa anterior. Todo en él denota la madurez, y la vida en el nivel social propio de su mando ha afinado algo sus maneras y su expresión. Queda intacto, sin embargo, el temple del viejo guerrillero. Vestirá uniforme de general del ejército de Fernando VII. Julio es hermano menor del Diego Baeza fusilado en la estampa anterior y se parece a él como una gota de agua a otra. Es capitán del ejército y ayudante de Juan Martín.

Sin alterar el desarrollo de la acción, cruzarán de cuando en cuando la escena o se estacionarán en ella, según las indicaciones del director, algunos soldados y guerrilleros. El Abanto y los tres guerrilleros del Tuerto que aparecieron antes pueden servir para ello.)

Escena I

Juan Martín, Julio y El Abanto

(Juan Martín, sentado bajo el cobertizo. Julio, en pie, hace lo que le ordenan.)

Juan Martín *(mirando su reloj)*.—Ya deberían estar aquí. Baeza, asómate a ese repecho, y dime si les ves subir por la ladera.

Julio.—Voy, mi general.

(Sale Julio de la escena. Durante unos segundos queda Juan Martín solo. Se le ve preocupado y pensativo. Vuelve Julio.)

Juan Martín.—¿Qué?

Julio.—A los que esperamos, no se les ve. En cambio, se está acercando un hombre solo, a caballo. Parece que viene sin armas.

Juan Martín.—Que le den el alto y me lo traigan.

Julio.—A sus órdenes. *(Sale.)*

(De nuevo queda solo y silencioso Juan Martín, hasta el regreso de Julio. Pasa el Abanto delante de Juan Martín.)

Juan Martín.—Perra vida, ¿verdad, Abanto?

Abanto.—Con *usté*, no, don Juan Martín. Hasta un dolor que tenía en tal parte *(se señala la espalda)* se me ha *quitao* desde que he vuelto a la partida.

Juan Martín.—Los aires de la libertad son sanos. *(Breve pausa.)* Al menos, por aquí. En Madrid, no tanto.

Abanto.—En cuanto salgamos de ésta, don Juan Martín, a Madrid.

Juan Martín *(con cierta preocupación)*.—Sí. En cuanto salgamos de ésta.

(Vuelve Julio.)

Julio.—Cumplida la orden. Ahí lo traen.

Juan Martín.—Veamos quién es el paseante.

(Acompañado por un soldado, entra Sardina.)

Escena II

Juan Martín, Sardina y Julio

Juan Martín *(levantándose, saliendo al encuentro de Sardina y abrazándole)*.—¡Vicente!

Sardina.—¡Juan Martín! *(Apartándose un poco y mirándole.)* ¡Todo un señor general en jefe!

Juan Martín.—Me faltabas tú.

Sardina.—Más de una vez he pensado en buscarte. *(Breve pausa.)* Bien sabes que estoy por la Constitución y la libertad.

Juan Martín.—Entonces, ¿por qué no me has acompañado en mi campaña contra el cura Merino?

Sardina.—Porque era una pelea entre españoles. *(Breve pausa.)* Y porque tampoco España ha sido un paraíso desde que hace tres años se levantó Riego. Las cosas, como son.

Juan Martín.—Con hombres como ese cura de Villoviado y los que le apoyan, ¿crees

tú que es posible la libertad? ¿Sabes que él, el mismo que hace doce años quemaba vivos a los franceses, es ahora un lacayo del duque de Angulema?

Sardina.—El saberlo es lo que me ha decidido a buscarte. ¡Otra vez tropas francesas en España! Esto no lo aguanta Vicente Sardina. ¿Cuántos son?

Juan Martín.—Muchos. Cien mil, dicen. Pero no es esto lo malo. Lo malo es que han venido porque les han llamado de Madrid.

Sardina.—¿Quién ha sido?

Juan Martín.—¿Quién va a ser? Fernando.

(Un breve silencio.)

Sardina.—¿Siguen contigo los viejos amigos?

Juan Martín.—Unos sí, y otros, no.

Sardina *(mirando en torno a sí).*—Ahí veo al Abanto. ¿Y el Crudo?

Juan Martín.—Tan leal como siempre. Pronto vendrá.

Sardina.—¿Y el cura Mingarro?

Juan Martín.—Nos salió servil. Anda ahora por las tierras bajas de Burgos. Hace unas semanas predicaba desde el púlpito que había que acabar con los negros —con nosotros, Vicente— hasta la cuarta generación. *(Breve pausa.)* Así andamos.

Sardina.—Así somos, diría yo. *(Breve pausa.)* ¿Y... Olalla?

Juan Martín *(con cierta gravedad).*—Desde que la guerra acabó, se la ha tragado la tierra.

Sardina.—¿La... despediste?

Juan Martín.—No. Desapareció cuando entramos en Madrid. Pocos días después me mandó una carta con unas palabras que sólo yo podía entender. *(Recordando.)* Como si las estuviera viendo las recuerdo. «Adiós, Juan Martín. Ya sabes que soy la paz imposible».

Sardina *(pensativo).*—La paz imposible... Mucho qué pensar de la sentencia. Se diría que esa mujer está hablando de nuestro pueblo.

Juan Martín *(con energía).*—En nuestro pueblo será posible la paz cuando acogotemos a los serviles que la oprimen y le enseñemos a usar con hombría y honradez la libertad.

Sardina.—Dios te oiga, Juan Martín.

(Un breve silencio. Julio, que durante la conversación anterior habrá estado apartado, se hace visible.)

Juan Martín.—Uno nuevo hay. *(Señalando a Julio.)* Mírale.

Sardina.—¿Nuevo? ¿Dónde he visto yo esta cara?

Juan Martín.—Esta, en ninguna parte. La que tú has visto era otra muy parecida. *(A Julio.)* Acércate, Baeza. *(Este se acerca.)* Vicente, te presento a mi ayudante, el capitán Julio Baeza. Baeza, éste es don Vicente Sardina, el mejor de los que me acompañaron en mi partida, desde que salí de Castrillo.

(Sardina y Julio se saludan.)

Sardina.—¿Entonces... usted...?

Julio *(comprendiendo).*—Sí, soy hermano del capitán Diego Baeza; aquél que usted.. tuvo delante una tarde de hace doce años.

Sardina *(a Juan Martín).*—¿Lo sabe, entonces?

Julio.—Por eso estoy aquí.

Juan Martín *(a Sardina).*—Lo sabe, y por eso quise yo que fuese mi ayudante. *(Breve pausa.)* El estaba en Francia, y volvió cuando Riego nos devolvió la Constitución. *(Otra pausa.)* Mira, Sardina, no entenderá nuestro país el que no entienda este intríngulis: los afrancesados están conmigo, y el cura Merino está con los gabachos; los del duque de Angulema.

Julio.—Yo sé que el Empecinado es hoy el mejor soldado de la libertad, y eso me basta.

Sardina *(a Julio).*—Quiero decirle, capitán Baeza, que su hermano murió como un valiente.

Julio.—Lo sabía.

Juan Martín *(recordando gravemente).*—¿Recuerdas aquella tarde, Vicente? «La España que yo quiero no morirá conmigo»... Bien: lo que hice, hecho está. Aquél era entonces mi deber. Pero a veces pienso que esa España se parece bastante a la que ahora queremos nosotros; una España con más libertad y menos pobres... *(Breve pausa.)* No nos perdamos en los recuerdos. Baeza, mira otra vez si vienen los que esperamos.

Julio.—A sus órdenes.

(Sale Julio.)

Escena III

Juan Martín y Sardina

Juan Martín.—¿Sabes a quién espero?

Sardina.—No será al duque de Angulema.

Juan Martín.—Casi, casi. *(Breve pausa.)* Espero al cura Merino.

Sardina *(con pasmo).*—¿Es posible?

Juan Martín.—Dentro de poco estará aquí, si ha querido cumplir su palabra.

Sardina.—¿Su palabra? ¿De qué?

Juan Martín.—De venir.

Sardina.—Camino de esta Sierra, he visto en una alcaldía la carta que tú hiciste poner. ¿Cómo decía? *(Recordando.)* «Carta de don Juan Martín el Empecinado al cura Merino, con motivo de la horrenda crueldad que ha usado con los soldados de Cataluña». ¿Después de esa carta ¿tú crees que vendrá?

Juan Martín.—El Crudo le ha llevado mi deseo de conversar con él, y la palabra del Empecinado de ponerle otra vez sano y salvo donde él quiera.

(Un breve silencio.)

Sardina.—¿Qué te propones, Juan Martín?

Juan Martín.—Llegar con él a un convenio. Quiero saber si verdaderamente está a las órdenes del duque de Angulema, o si todavía vive en él la sangre del enemigo de los franceses. Y en este caso...

Sardina.—¿Qué?

Juan Martín *(después de una breve pausa).*—Ese cura, Vicente, es capaz de mover unos miles de hombres dispuestos a todo. Si él acepta un acuerdo conmigo, podríamos detener a los franceses, para imponer luego en Madrid una política que lleve a España a puerto.

Sardina.—Esa sería tu gran hazaña. La gran hazaña del Empecinado.

(Un breve silencio.)

Juan Martín *(mostrando a Sardina el sable que lleva ceñido).*—¿Conoces este sable?

Sardina.—No. No es el que llevabas en la partida.

Juan Martín.—Cuando acabamos de echar a los franceses, me lo envió como regalo el rey de Inglaterra. Desde entonces lo llevo. Aprieto su puño y siento en mis venas que aquel guerrillero se ha convertido en general de la Europa y la libertad.

Sardina.—Me contentaré con que lo seas de España.

Juan Martín *(sonriendo).*—Tienes razón. *(Breve pausa.)* Métete ahora en la arboleda y júntate con la tropa. Vas a encontrarte con muchos conocidos.

Sardina.—Buena suerte, Juan Martín. La mereces.

(Sale Sardina.)

Escena IV

Juan Martín y El Abanto

(Queda Juan Martín solo. Mira impaciente hacia el lado por donde salió Julio —el opuesto a aquél por donde acaba de salir Sardina— y ve al Abanto que se aproxima.)

Juan Martín.—¡Abanto!

Abanto.—Mándeme, don Juan Martín.

Juan Martín.—Abanto: ¿tú qué crees, que la paz es posible o que es imposible?

Abanto.—Si un día se la dejan hacer a *usté,* don Juan Martín, yo creo que será posible, y bien posible.

Juan Martín.—Gracias, Abanto. Vamos a ver si es cierto lo que dicen de la voz del pueblo los que saben latines. *(Viendo venir a Julio.)* Ahora vete por ahí. Vas a ver a uno que tú quieres mucho.

Abanto.—¿A quién?

Juan Martín.—A don Vicente Sardina. Otra vez ha venido con nosotros.

Abanto.—¿Don Vicente Sardina, otra vez? Doce años se me quitan de encima.

(Sale el Abanto, a la vez que entra Julio.)

Escena V

Juan Martín y Julio

Julio *(entrando).*—Por fin. Ahí están el Crudo y el cura.

Juan Martín.—Déjame ahora solo, Baeza. No quiero que él piense que alguien me proteje. También el Crudo tiene orden de quedarse lejos.

Julio.—A sus órdenes.

(Sale Julio.)

Escena VI

Juan Martín y El Cura Merino

(Entra el cura Merino mirando a todas partes con recelo. Vestirá el pintoresco atuendo que describen sus biógrafos. Juan Martín se adelanta a recibirle.)

Juan Martín.—Sea bien venido, don Jerónimo. *(Le tiende la mano.)*

Cura Merino.—Buenos días, Juan Martín. *(Mirando su propia mano, y sin dársela.)* No sé si debería dártela.

Juan Martín.—¿Por qué?

Cura Merino.—Por la carta que hiciste poner en las alcaldías de esta sierra.

Juan Martín *(siempre con su mano tendida).*—¿Quiere usted que por un rato olvidemos todo?

Cura Merino.—¿Olvidar? Yo no sé olvidar. En fin, ahí va mi mano. *(Se la estrechan.)*

Juan Martín.—Siéntese, don Jerónimo. *(Bromeando.)* El salón no es muy lujoso, pero en peores nos hemos visto.

Cura Merino *(sentándose).*—Las peñas y los pinos son mi casa. Esto es lo que no podían comprender aquellos modosos canónigos de Valencia. *(Breve pausa.)* ¿Sabes que el Crudo, no sé si por broma, me proponía traerme aquí con los ojos vendados?

Juan Martín.—Esas no eran mis órdenes.

Cura Merino.—No es preciso que me lo jures. Sabes tú muy bien que en viendo yo un matorral o un risco de esta sierra, ya sé dónde estoy. *(Breve pausa.)* Vayamos al grano. ¿Qué quieres tú de mí?

Juan Martín.—Saber si usted sigue siendo el mismo que era.

Cura Merino *(con fiereza).*—Yo soy y seguiré siendo siempre el mismo, aunque viva doscientos años. No sé si de ti podría decirse otro tanto.

Juan Martín *(como si no hubiese oído esa insinuación).*—¿Recuerda usted, don Jerónimo, cuando nos juntamos en Roa? El rey de los curas le llamé yo a usted.

Cura Merino.—Y yo a ti, la honra de Burgos y de toda la comarca. Entonces, lo eras.

Juan Martín *(algo amostazado).*—Dejemos lo que yo era y lo que yo soy. Lo que nos importa ahora es lo que está pasando en España.

Cura Merino.—¿Y qué pasa en España?

Juan Martín.—Que otra vez nos la han invadido los franceses.

Cura Merino.—Poco a poco, amiguito. Ahora no la han invadido. Ahora han venido llamados por el Rey Nuestro Señor, para defender su realeza y la religión.

Juan Martín.—¿Pero es posible, don Jerónimo, que a usted no se le encienda la sangre pensando que otra vez los coraceros franceses han cruzado la quebrada de Pancorbo?

Cura Merino.—Debo serte sincero; nunca podré tragar a los gabachos. Pero hay ciertos casos en que la conveniencia debe estar por encima del gusto. *(Breve pausa.)* Vamos a ser claros, Juan Martín. ¿No presumes tú de que los afrancesados están contigo?

Juan Martín *(con altivez).*—Conmigo están todos los que aman a España y a la libertad.

Cura Merino.—Llámale hache. Pues si tú te juntas con los afrancesados para traer a

España eso que llamáis libertad, no puede extrañarte que yo me junte a los franceses para que España siga siendo lo que siempre ha sido.

(Un breve silencio.)

Juan Martín *(con gravedad)*.—Desde hace casi tres años usted y yo, don Jerónimo, venimos persiguiéndonos el uno al otro.

Cura Merino.—Así es.

Juan Martín.—Salas de los Infantes, Tordueles, Lerma... Al cabo de tanto ir y venir, los dos estamos aquí vivos y cabales.

Cura Merino.—Bien, ¿y qué?

Juan Martín *(con vehemencia creciente)*.—Que usted y yo estamos vivos y cabales, pero muchos de los nuestros se están pudriendo bajo la tierra. Que los españoles hemos comenzado a matarnos los unos a los otros. Y que es preciso que usted y yo, y todos los que de verdad queremos a nuestro país, hagamos cuanto podamos para atajar esta locura.

Cura Merino.—Tampoco yo quiero que los españoles se maten unos a otros.

Juan Martín *(más sereno)*.—Por eso me he atrevido a pedirle esta entrevista, y por eso le agradezco tanto que haya venido aquí. Pero ya le habrá dicho el Crudo que yo estaba dispuesto a ir donde fuera necesario.

Cura Merino.—Me lo ha dicho. Dime tú ahora lo que piensas que puedo hacer yo.

Juan Martín *(con tono suasorio)*.—Don Jerónimo: usted tiene a su lado unos miles de hombres que le siguen y le obedecen.

Cura Merino.—Eso creo.

Juan Martín.—Yo puedo decir otro tanto. Sume usted a eso mi mando en el ejército.

Cura Merino.—¿Y qué es lo que me propones?

Juan Martín.—Que nos juntemos usted y yo.

Cura Merino *(con expresión de pasmo)*.—¿Qué tú y yo nos juntemos? ¿Para qué?

Juan Martín.—Ya se lo he dicho: para atajar esta locura. Juntos usted y yo podríamos detener a los franceses, y luego imponer en Madrid una política que ponga a España en su quicio y la permita prosperar como la Francia y la Inglaterra. A usted le oye el Rey y le respeta la camarilla de la Corte. A mí me escucha y me respeta la gente liberal. Juntos usted y yo, podremos hacer mucho.

Cura Merino *(después de un momento de meditación)*.—No sé si eso que tú planeas sería posible, aunque tú y yo nos juntásemos. Pero hay una cuestión previa.

Juan Martín.—Usted dirá.

Cura Merino.—Vamos a ver: esa política que tú y yo hemos de proponer...

Juan Martín.—De proponer, no; de imponer.

Cura Merino.—Como quieras. Esa política que tú y yo hemos de imponer, ¿sería con Constitución o sin ella?

Juan Martín.—Sin Constitución no sería posible. Pronto caeríamos de nuevo en las manos del capricho real. O en las de la camarilla.

Cura Merino.—Y en esa España que tú imaginas, ¿habría o no habría un tribunal para reprimir y castigar el error y la impiedad?

Juan Martín.—¿A que tribunal se refiere usted? ¿Al de la Inquisición?

Cura Merino.—Al mismo.

Juan Martín.—En el siglo en que vivimos, ¿cómo puede usted pensar que ese tribunal subsista?

Cura Merino.—Pues para una España con Constitución y sin Inquisición, no cuentes conmigo; con los tres últimos años, ya tengo bastante. Sigue tú con tus afrancesados, y yo seguiré con mis franceses; con estos franceses que ahora ayudan al Rey y a la religión.

Juan Martín.—¿Esta es su última palabra?

Cura Merino *(con sequedad).*—Esta es mi única palabra. Cuando de esto se trata, yo no tengo más una.

(Un breve silencio.)

Juan Martín *(levantándose y encarándose con el cura Merino).*—Don Jerónimo: ¿es que a usted no le importa la paz?

(Durante todo el resto de la escena, Juan Martín hablará en pie, acercándose al cura Merino o distanciándose de él, según lo exija la frase, y siempre con vehemencia, que unas veces será cáustica, otras desgarrada, y colérica otras. El cura Merino seguirá sentado, con la inmovilidad y la dureza de una roca. Este será también el tono de sus palabras.)

Cura Merino.—Me importa, y mucho. Cuantas veces digo la santa misa, paz es lo que pido y ofrezco.

Juan Martín.—La paz que usted pide y ofrece en la misa, no es la que usted busca cuando toma el sable.

Cura Merino.—Para mí es la misma: la paz de los creyentes fieles y honrados.

Juan Martín.—No, don Jerónimo, no. Una es la que Dios da a los hombres, y la otra, la que se consigue haciendo callar o quitando de en medio a los que no piensan como uno.

Cura Merino.—Nunca toleraré junto a mí a los que piensen y propaguen el error. Nunca querré una España donde tenga curso libre la impiedad.

Juan Martín.—¿Aunque para ello haya de matar usted a los que juzgue equivocados o impíos?

Cura Merino.—Aunque haya de ser así. Mi deber de español es mantener incólume la santa unidad en la fe que hemos heredado.

(Un breve silencio.)

Juan Martín.—Ya lo veo, don Jerónimo. A usted no le importan los hombres, estas criaturas de carne y hueso que Dios crió libres para que pudieran equivocarse o acertar. A usted no le importa el mundo que Dios hizo. Sólo le importa eso que ustedes llaman «sus principios».

Cura Merino.—Mis principios son la verdad de Dios y el bien de las almas.

Juan Martín.—¿El bien de las almas? ¿Llama usted bien de las almas al que no tiene en cuenta la libertad que Dios puso en la del hombre?

Cura Merino.—Vamos, Juan Martín. No me vengas ahora con las monsergas liberales que oíste en las tertulias de Madrid.

Juan Martín.—Monsergas liberales, no: verdades como puños que también usted debería confesar a boca llena. *(Breve pausa.)* ¡El bien de las almas! Y el bien de los cuerpos, ¿no? *(Otra breve pausa.)* ¿Para qué hicimos la guerra contra la franceses, don Jerónimo? ¿Para qué nos pasamos seis años por estos riscos, matando y muriendo?

Cura Merino.—Para poner en el trono de Madrid a nuestro rey y para restaurar el prestigio de la religión, comprometido por enciclopedistas y afrancesados.

Juan Martín.—Y para sacar al pueblo español de su ignorancia y su miseria. Para que en este país se acabase el espectáculo de la sopa boba. Para que en España hubiese más libertad y menos pobres.

Cura Merino.—Juan Martín, no podemos entendernos. Entre tú y yo sólo cabe la guerra.

Juan Martín.—¿Quiere usted decir, don Jerónimo, que en España es imposible la paz?

Cura Merino.—Mientras haya hombres como tú, sí.

(Un breve silencio.)

Juan Martín.—Si usted fuese el único responsable de este modo de pensar, ahora mismo le mataría.

Cura Merino *(levantándose).*—Tú dices que me matarías. Yo digo que te mataré. Oyelo, Juan Martín: en cuanto pueda, te mataré. Si yo no puedo hacerlo, los míos lo harán.

(Quedan los dos frente a frente, mirándose con hostilidad y dureza.)

Juan Martín *(con la serenidad del que se ha vencido a sí mismo).*—Váyase, don Jerónimo.

Cura Merino.—Me voy, Juan Martín. Pero óyelo: cuando pueda, te mataré.

(Con rigidez hierática, sale el Cura Merino.)

Escena VII

Juan Martín. A poco, **Olalla**

(Queda solo Juan Martín. Profundamente desalentado, se sienta de nuevo en uno de los asientos del cobertizo, apoya la cabeza en su mano y queda así, inmóvil y pensativo. Al cabo de unos segundos entra sigilosamente Olalla, se aproxima a él y le contempla en silencio. En la apariencia de Olalla serán bien perceptibles los doce años transcurridos desde el cuadro anterior.)

Juan Martín *(levantándose con celeridad y hondamente sorprendido por la insospechable presencia de Olalla).*—¡Olalla! ¿Tú aquí? ¿Cómo es posible?

Olalla.—Sabía dónde estabas, y te he buscado. El Crudo me dio el alto en la ladera; pero le he convencido de que me dejase llegar sola. No ha olvidado que yo soy amiga tuya.

Juan Martín.—¿He tenido yo amigo mejor?

(Un breve silencio.)

Olalla.—¿Recibiste mi carta?

Juan Martín.—No he podido olvidarla: «Ya sabes que soy la paz imposible». La paz imposible... Mi destino. *(Breve pausa.)* ¿Por qué te fuiste?

Olalla.—Porque en la vida que para ti iba a comenzar, antes te hubiese servido de estorbo que de comodidad.

Juan Martín.—Tal vez tengas razón. ¿Y por qué has venido ahora?

Olalla.—Porque no he dejado de quererte. Día tras día te he seguido en tus destinos y tus campañas. Y porque otra vez han entrado los franceses. Vienen para ti horas difíciles, y he pensado que debíamos estar contigo todos los que te somos leales.

Juan Martín.—Gracias, Olalla. Tú siempre aciertas. *(Breve pausa.)* Es verdad, vienen horas difíciles para mí. Juntas las tropas francesas con el Rey y los absolutistas, pronto acabarán con nosotros. Pero, como sea, algo tenemos que hacer los patriotas por la honra de España.

Olalla.—Contigo estaré siempre, Juan Martín.

(Se miran en silencio. Una chispa del antiguo fuego vuelve a surgir en el alma de Juan Martín.)

Juan Martín.—Olalla: ¿sabes que todavía estás guapa?

Olalla.—Todavía... Buena o mala palabra, según se mire. *(Breve pausa.)* No, Juan Martín; en el cuerpo de antaño ya no hay pájaros hogaño.

Juan Martín *(mirándola con deseo).*—Todavía, Olalla, todavía...

Olalla.—Otra vez te lo digo: no, Juan Martín. Hoy no he venido a traerte juventud, que éste es el pájaro que se fue de mi persona.

Juan Martín.—¿Qué me traes, entonces?

Olalla.—Otra cosa mejor; algo que cuando es de ley nunca envejece. Te traigo fidelidad.

(De nuevo se miran en silencio. Al cabo de unos segundos, Juan Martín hace un gesto de aceptación.)

Juan Martín.—Fidelidad: lo que ahora más necesito. Gracias, Olalla. *(Mira en torno a sí, y vuelve a su más concreta realidad.)* Has venido tú, y otra vez tiene espuma y flor el puñado de los que siguen al Empecinado. Tenía que ser aquí, entre estos pinos y sobre estas piedras de Castilla. Voy a llamar a todos, para que sepan que has venido. *(Da voces en distintas direcciones.)* ¡Sardina! ¡Crudo! ¡Baeza! ¡Nazario! ¡Abanto! ¡Venid todos!

(Sucesivamente van entrando los que Juan Martín ha llamado y el resto de los milicianos y soldados.)

Escena VIII

Juan Martín, Olalla, Sardina, El Crudo, Julio, Nazario, El Abanto, Guerrilleros y Soldados

(Todos se reúnen en torno a Juan Martín y Olalla.)

Juan Martín.—Os he llamado para deciros que otra vez están con nosotros la Olalla y don Vicente Sardina. Los tiempos van a ser duros y los dos han querido demostrarnos que saben ser leales.

Crudo *(por todos).*—Bien venidos a la partida la Olalla y don Vicente Sardina.

Abanto.—Por ti hemos *hablao* todos, Crudo.

Juan Martín.—Algo más tengo que deciros. He querido entenderme con don Jerónimo Merino para impedir el avance de los franceses hacia Madrid. He fracasado: el cura ha preferido estar con el duque de Angulema a estar conmigo. ¿Puedo seguir contando con vosotros?

Todos.—¡Sí, Juan Martín!

Crudo.—¡Hasta la muerte contigo!

(Un hondo silencio, que interrumpe Olalla.)

Olalla.—Sin gritos. Con ese sosiego de lo que le sale a uno del alma, decid todos conmigo: «Queremos la España del Empecinado».

Todos *(con voz grave, contenidamente; sus palabras son como un sordo eco colectivo de las que Juan Martín pronunció exaltadamente al final del cuadro anterior).*—Queremos la España del Empecinado. Queremos la España del Empecinado... *(Y mientras dicen estas palabras, cae lentamente el telón.)*

Estampa V

Todo era posible

Preludio

Sobre el mismo decorado que en la estampa anterior, el Ciego salmodia su romance.

Ya las tropas de Angulema
hasta Cádiz han llegado,
ya los cien mil de San Luis
complacieron a Fernando;
el Rey está satisfecho,
los españoles, no tanto.
La Constitución murió,
muchos la estaban odiando;
ya la santa libertad
muerta está, o agonizando.

Don Tadeo Calomarde
contra el negro se ha ensañado;
ser liberal en España
es jugarse los redaños. *(Pausa.)*
Otra vez está en Castilla
el español más honrado
ahora no manda a sus fieles,
ahora vive encarcelado.
En Aranda, la del Duero,
quiso vivir desterrado,
sólo en la tierra de España
podía tener descanso.
Hacia Aranda caminaba
vencido y desengañado,
pero el alcalde de Roa
prisionero le ha tomado;
la saña de los serviles
a tal extremo ha llegado.

Vais a ver a Juan Martín
escarnecido y vejado;
quien de los suyos fue gala,
es de los suyos esclavo;
quien ofreció libertad,
como ruin bestia es tratado.
De feria en feria le llevan,
ay, qué dolor más aciago,
ay, qué vergüenza tan negra
para el pueblo castellano.
Nunca fue la ingratitud
más espantoso pecado.
Españoles que me oís,
si tenéis corazón sano,
considerad el destino
del valiente Empecinado.

(Sale el Ciego y se oscurece la escena. Cuando vuelve la luz, la decoración representará la feria de un pueblo castellano en 1825. Es de día. En el centro del escenario, una jaula de toscos barrotes de hierro. Dentro de ella Juan Martín, desastradamente vestido, soporta la afrenta de ser exhibido de feria en feria. Salvo el pregonero, sólo Juan Martín estará en escena hasta que caiga el telón. Las voces que en su momento profieran diversas gentes del pueblo se oirán sin que esas gentes sean vistas; así serán más patentes la inmensa soledad del Empecinado y la distancia moral entre el héroe y quienes antes le aclaramaron y ahora le vejan.

Al volver la luz a la escena, se verá a Juan Martín asido a los barrotes de la jaula que le aprisiona. Se hallará inmóvil y silencioso. Cuando hayan transcurrido unos instantes, saldrá el Pregonero, y quedará mirando hacia el público; por tanto, dando la espalda a Juan Martín. El Pregonero traerá un tambor.)

Escena Unica

El Pregonero y Juan Martín

Pregonero *(tras un redoble de tambor).*—De orden de Su Majestad Católica,... el Rey Nuestro Señor don Fernando VII,... y en su nombre,... del señor Alcalde de este pueblo,... se hace saber al vecindario,... que con motivo de las fiestas y ferias... en honor de nuestro santo patrono Santiago,... el traidor Juan Martín Díaz,... por mal nombre el Empecinado,... será presentado a la vergüenza pública,... metido en una jaula,... a fin de que los honrados vecinos... puedan ver... cómo son castigados... los que combaten... en favor de la maldita Constitución... y desacatan... los sagrados principios de nuestra Monarquía. *(Nuevo redoble.)*

Juan Martín.—Buena voz, pregonero. ¿Sabes que me suena? ¿No estuviste tú conmigo tocando el tambor entre Sigüenza y Calatayud? *(Gesto de sobresalto en el Pregonero.)* Tu gesto me da la respuesta: conmigo estuviste. *(Breve pausa.)* ¿Y por qué te hicieron pregonero? ¿Para premiar tús méritos en aquella campaña? *(Silencio del Pregonero.)* De esta hecha, asciendes y te dan un bombo; hace falta mucho más valor para ésta

que para tocar a carga contra los gabachos. ¿Verdad, amigo? *(Gesto de avergonzada confusión en el Pregonero.)* ¡Ven acá, hombre, choca esos cinco, que aún me cabe la mano entre los barrotes, y mi mano no está manchada! *(El Pregonero huye en silencio. Queda solo Juan Martín, que después de mirar en torno a sí monologa con herida gravedad.)* Solo. Solo en medio de los míos. Bendita esta soledad que es alivio y homenaje. Los hombres de este pueblo, ¿me darán siquiera el consuelo de encerrarse en sus casas mientras yo estoy sometido a este escarnio? No habría colgadura más honrosa que sus ventanas cerradas. La soledad, el silencio, y detrás unas gentes que si ya no siguen al Empecinado, al menos le respetan. Y en medio de esa soledad y ese silencio, yo, un hombre que sólo ahora ha empezado a comprender lo que es ser español. *(Breve pausa. Juan Martín mira de nuevo en torno a sí.)* Ni siquiera esa suerte. Ya vienen. No son muchos, esta vez. *(Contando a los que se acercan.)* Uno, dos, tres,... cinco. Cinco castellanos de pro. Cinco honrados vecinos de un pueblo de Castilla, que quieren ver cómo nuestro amado Rey hace justicia contra los malos españoles. *(A voces.)* ¡Eh, vosotros! ¿No os acercáis? ¿Teméis a la fiera? *(Sacando los brazos por entre los barrotes.)* Yo os aseguro que los barrotes son fuertes, y ya veis que mis brazos no son más que brazos de hombre; brazos que nunca han querido ahogar, sino abrazar. ¿No queréis acercaros?

Voz de hombre.—¡Traidor!

Voz de mujer.—¡Mal español! ¡Mal cristiano!

Juan Martín *(con voz enérgica).*—¡Silencio! ¡Silencio! *(Callan las voces. Un breve silencio. Con voz grave.)* Traidor, mal español, mal cristiano... Traidor, ¿a quién? ¿queréis decírmelo? ¿A un rey que prometió respetar la Constitución cuando se la presentaron los patriotas, y que en cuanto ha podido, la ha matado? ¿Quién es el leal, el que falta a su palabra o el que sigue queriendo lo que siempre quiso? *(Gritando.)* ¿Quién es el traidor y quién es el leal? *(Silencio. De nuevo con tono más sereno.)* Mal español, yo... Por la libertad y la honra de España luché seis años... ¿Quién me dice que vosotros no os arrimásteis entonces al que reinaba en Madrid? ¿Dónde estábais cuando yo peleaba? ¿Dónde? *(Silencio.)* Por la libertad y la honra de España, sí. Por una España con más libertad y menos pobres... ¡Esto he querido siempre, y por esto seguía luchando cuando llegaron a Castilla los cien mil hijos de Francia! ¡Algún día os dirán, o dirán a vuestros nietos, lo que España fue para el Empecinado! *(Un breve silencio.)* Mal cristiano... ¿Es mal cristiano el que desea que los hombres sean lo que de verdad quieren ser, sin matarse los unos a los otros? ¿Es mal cristiano el que quiere que los curas prediquen el amor que Cristo enseñó? ¡Respondedme!

Voz de mujer *(tras un breve silencio).*—¡Traidor! ¡Mal español! ¡Mal cristiano!

Todos.—¡Traidor! ¡Mal español! ¡Mal cristiano!

Juan Martín *(a voces).*—¡Miserables! ¡Cobardes! ¡Sólo el insulto como respuesta! ¿Es este mi pueblo? *(Se agarra a los barrotes e intenta romperlos.)* ¡Ay, si mis brazos pudieran romper estos barrotes! ¡Esta vez, os lo aseguro, no sería para abrazar! *(Tras el esfuerzo va serenándose. Mira en torno a sí y descubre que los curiosos, asustados, han ido huyendo.)* Al menos, se han ido. Lo que no ha podido el respeto, lo ha podido el miedo. *(Breve pausa.)* Otra vez solo; pero esta vez con la soledad mal, la soledad del que ha querido el bien de los demás, y los demás le han abandonado... *(Mirando*

a lo alto. Con voz suplicante, pero entera. Abandonado, pero rendido.) Dios, ¿esto es ser hombre? ¿Esto es ser español? ¿Será la soledad, la total soledad, la que nos abre el camino para ser de veras hombre y español? *(Más enérgicamente.)* ¡Porque yo soy hombre! ¡Porque yo soy y quiero ser español! ¡No, no es posible que me dejen solo! ¡No es posible que todos, hasta los que me odian, me abandonen así! *(A grandes voces.)* ¿Dónde están mis leales? ¿Dónde está mi pueblo?

(Un hondo y largo silencio.)

Voz de Olalla *(a lo lejos, pero cálida y vibrante).*—¡Juan Martín! *(Un breve silencio.)* ¡Juan Martín, estoy contigo!

(Al oír la voz de Olalla, Juan Martín queda mirando con pasmo y ansiedad a lo lejos. Silencio. Sin que Juan Martín modifique su tensa actitud, se oye otra vez, ahora distante y apagada, la voz del Pregonero.)

Voz del Pregonero.—De orden de Su Majestad Católica... el Rey Nuestro Señor don Fernando VII,... y en su nombre,... del señor Alcalde de este pueblo,... se hace saber al vecindario,... que con motivo de las fiestas y ferias... en honor de nuestro santo patrono Santiago,... el traidor Juan Martín Díaz,... por mal nombre el Empecinado...

(Mientras suena la voz del Pregonero, va oscureciéndose la escena.)

Estampa VI

Honra de muerte

Preludio

Siempre sobre el mismo decorado, el Ciego declama su romance.

No seré yo quien os diga
cómo acaba este relato;
poco valen los romances
de un ciego desventurado,
cuando aquello que ocurrió
todos pueden contemplarlo.
Españoles que me oís,
si tenéis corazón sano,
considerad el destino
del valiente Empecinado.

(Sale el Ciego. Como en las estampas anteriores, se produce la oscuridad, y dentro de ella el cambio de decorado. Estamos ahora en una amplia sala, situada en la planta baja del Ayuntamiento de Roa. En el foro, una puerta ancha y practicable, que en un momento dado deberá poder abrirse de par en par, dejando ver al fondo el caserío de la plaza mayor de la villa. En el lateral derecho —del actor— una ventana, también amplia, por la que penetra la cruda luz de un día de agosto en Castilla. En el lateral izquierdo, otra puerta menor que la anterior e igualmente practicable, que conduce a las habitaciones interiores y al calabozo donde Juan Martín está encarcelado. Ante

la pared del foro, una mesa, con un sillón tras ella; y sobre esa pared, un tosco retrato en colores de Fernando VII y un crucifijo. Anaqueles con legajos y un par de sillas.

Al hacerse la luz en la escena estarán en ella el Alcalde de la villa y Mosquete, un empleado municipal.)

Escena I

Alcalde y Mosquete

(El Alcalde, sentado en el sillón; por tanto, de cara al público. Mosquete, yendo y viniendo.)

Alcalde *(hojeando un legajo).*—Dime, Mosquete, ¿cómo crees tú que responderá el vecindario?

Mosquete.—¿Cómo ha de responder, señor Alcalde? Como tiene que hacerlo el de una villa donde es tan grande la devoción por el Rey Nuestro Señor. Piense usía que en Roa casi todos somos realistas.

Alcalde.—No sé, no sé. Son muchos los que todavía recuerdan cómo luchó él hace quince años, para echar de aquí a los franceses.

Mosquete.—No quiero quitarle su mérito; pero tanto o más que él tuvo entonces don Jerónimo Merino. Y si el uno ha sido luego una columna del Trono y el Altar, el otro ha puesto toda su persona al servicio de la mala causa; vamos, que se ha empecinado por ella, si usía me permite decirlo así. Para los buenos vecinos de Roa, el héroe de ese día es don Jerónimo, y nadie más.

Alcalde.—En esto, tienes razón. *(Breve pausa.)* ¿Y cómo crees que responderá él a la notificación de la sentencia? Porque después de que nos la han confirmado, hay que notificársela.

Mosquete.—El la tiene que dar por descontada; puede usía estar bien seguro. Y como es hombre de pelo en pecho, no creo que se alborote mucho al conocerla.

Alcalde.—Mosquete, eres la sabiduría hecha persona. Quiera Dios que aciertes en todo.

(Un silencio.)

Mosquete.—¿Cuándo piensa comunicársela, señor Alcalde?

Alcalde.—Haciendo de tripas corazón, ahora mismo. Esta misma tarde tiene que ser la ejecución.

Mosquete.—Dígame entonces lo que yo debo hacer.

Alcalde.—Avisa a dos números del retén, y que ellos le traigan.

Mosquete.—Al instante.

(Sale Mosquete por la puerta principal.)

Escena II

Alcalde, Mosquete, dos Voluntarios Realistas

(Queda el Alcalde solo, con expresión preocupada. A los pocos segundos, regresa Mosquete con los dos Voluntarios Realistas; éstos con fusiles.)

Alcalde.—Mosquete os acompañará hasta el calabozo. Sacad de él al condenado, y traedle aquí.

Mosquete *(a los Voluntarios).*—No os preocupéis. Los grillos que el galán lleva puestos son fuertes.

Uno de los Voluntarios *(con jactancia).*—Y nuestras bayonetas, ¿son piezas de adorno, o qué?

Alcalde.—Será mejor no tener que usarlas.

(Salen Mosquete y los dos Voluntarios por la puerta lateral.)

Escena III

Alcalde, Mosquete, Juan Martín y los dos **Voluntarios Realistas**

(Al quedar el Alcalde solo, ordena los papeles que hay sobre la mesa, y dentro de su sillón ensaya una actitud autoritaria. En ella estará cuando entren Mosquete, Juan Martín y los dos Voluntarios. Sin dar la espalda al público, Juan Martín, que lleva grillos en sus manos, se situará a cierta distancia de la mesa. Detrás de él, los Voluntarios, y al otro lado de la habitación, Mosquete.)

Alcalde *(poniéndose en pie, y después de unos segundos de vacilación y silencio).*—Tengo el penoso deber de comunicar al ex-general don Juan Martín Díaz, alias el Empecinado, que la superioridad ha tenido a bien confirmar la sentencia de muerte que sobre él pesaba. En consecuencia, deberá ser ejecutado dentro del día de hoy.

(Un hondo silencio. Lo rompe una risa estentórea de Juan Martín.)

Juan Martín.—¡Ja, ja, ja! «Tengo el penoso deber»... ¡Ja, ja, ja!... Vamos, Alcalde, confiesa que este día en que estamos va a ser uno de los más felices de tu vida. Al fin vas a conseguir quitarme de en medio.

Alcalde *(confuso).*—Yo me limito a hacer justicia.

Juan Martín.—Y de paso, Alcalde, a hacerme un favor. *(Ante un gesto de estupor del Alcalde y Mosquete.)* Sí, un favor; palabra del Empecinado. *(Con altiva gravedad.)* Morir es cien veces preferible a la afrenta de vivir como yo vivo. Y si me diérais la libertad... *(Breve pausa. Con sarcasmo.)* ¿Tú crees, Alcalde, que es deseable la libertad, cuando esa libertad le obliga a uno a vivir junto a sujetos como tú? *(A Mosquete.)* Tú, sacristán: ¿no es cierto que el tratar todos los días a hombres como tu Alcalde le altera a uno las entrañas?

Alcalde.—No estoy dispuesto a tolerar tal desacato.

Juan Martín.—Entonces, que conste la ofensa en el proceso y que se me cargue el tanto de culpa.

Alcalde.—Vuelvo a decir al condenado que yo me limito a administrar justicia y a cumplirla. En cuanto a lo demás, la Historia nos juzgará.

Juan Martín *(con irónica nostalgia).*—La Historia, la Historia... Mis amigos los constitucionales de Cádiz solían hablar mucho de esa señora. Ellos me la hicieron conocer; antes, haciendo la guerra a los franceses, yo la servía sin conocerla... *(Breve pausa. De nuevo con sarcasmo.)* Pues mira, Alcalde; me da en la nariz que los escribanos de su alteza la Historia me van a tratar a mí mejor que a ti. *(A Mosquete.)* Como escribano que eres, ¿tú qué opinas, sacristán?

Mosquete.—Yo, señor...

Alcalde *(con energía)*.—Basta ya. Esto no es una comedia.

Juan Martín *(con amarga ironía)*.—Te doy la razón, Alcalde. Esto es un drama.

(Un breve silencio.)

Alcalde.—¿Tiene el condenado algo que alegar contra la sentencia?

Juan Martín.—Sólo una cosa: que llega demasiado tarde.

Alcalde.—Entonces, el condenado puede volver al calabozo. En él recibirá los auxilios espirituales del caso.

Juan Martín.—Con lo cual, Alcalde, ya nada faltará para que tu conciencia se quede tranquila. Me quitas de en medio, y encima tienes la satisfacción de enviarme derechito al cielo.

Alcalde *(impaciente)*.—¡Soldados, llévenle al calabozo!

Juan Martín *(con voz ronca)*.—¡La horca, la horca cuanto antes!

(Sale Juan Martín entre los dos Voluntarios por la puerta lateral.)

Escena IV

Alcalde, Mosquete; a poco, **Olalla**

Alcalde.—Bravo está el mozo. *(Con involuntaria admiración.)* ¡Qué hombre!

Mosquete.—Ya veremos lo que hace cuando le echen la cuerda al cuello. Puede que entonces se arrugue.

Alcalde.—Hay que suprimirle cuanto antes. Vivo él en esta tierra, siempre sería una semilla de cizaña.

Mosquete.—En esto tiene usía razón, señor Alcalde. *(Breve pausa.)* Pero, ¿no cree usía que a veces los muertos son semilla?

(Con un gesto de inquietud, el Alcalde se queda mirando a Mosquete. Al cabo de unos instantes, suena una aldabada en la puerta principal.)

Alcalde.—Abre tú, Mosquete. *(Mosquete entreabre la puerta. Con él forcejea desde el exterior Olalla, que pretende entrar. Mosquete logra cerrar la puerta de nuevo.)* ¿Quién es?

Mosquete.—Una aldeana.

Alcalde.—Déjala que pase.

(Mosquete abre la puerta y entra Olalla, vestida de negro y con un pobre manto también negro, sobre la cabeza y los hombros.)

Mosquete.—Aquí está.

(Olalla se sitúa ante la mesa del Alcalde.)

Alcalde.—¿Quién eres tú y qué quieres?

Olalla *(con bien perceptible humildad campesina)*.—Señor Alcalde, yo soy una mujer de bien y una fiel servidora de Su Majestad el Rey Nuestro Señor. *(Sacando un papel de su seno.)* Mire, señor Alcalde, aquí traigo un papel que lo acredita. Hízomelo el señor cura de mi lugar. *(Entrega el papel al Alcalde.)*

Alcalde *(leyendo el papel)*.—Ya veo que eres una persona como Dios manda. Sigue así, y no tendrás de qué arrepentirte. *(Breve pausa.)* ¿Y qué es lo que quieres?

Olalla.—Verá el señor Alcalde. Hace ahora como tres años, cuando andaba por estas sierras persiguiendo a don Jerónimo Merino, que Dios nos conserve, el Empecinado hizo matar a un hermano mío, sólo porque mi hermano era tan leal a nuestro Rey y a nuestra santa religión como todos los de mi familia. Mi padre está impedido. Y al enterarse de que al Empecinado lo iban a ahorcar en Roa, que todo se corre, me ha mandado aquí para que yo, cuando saliese él del calabozo, le gritase a la cara, en nombre de toda la familia: «¡Juan Martín, acuérdate de la sangre de Juanillo el Pelaire!» Porque así le decían a mi difunto hermano, señor Alcalde.

Alcalde.—Comprendo la intención de tu padre. Muy plausible. Pero, ¿no puedes hacer eso en la calle, cuando le lleven al patíbulo?

Olalla.—Así lo había pensado yo. Pero mire, señor Alcalde. Llegado ese momento, en la calle va a juntarse mucha gente. Y mi padre será gustoso, y servidora también, de que el infame se lleve bien fresco a la horca el recuerdo de su fechoría. Por eso, si usía lo tiene a bien, me gustaría que me permitiese estar ahí, en ese rincón, cuando a ese criminal le saquen del calabozo, camino del patíbulo.

Alcalde *(perplejo).*—El propósito me parece digno de todo elogio. ¿Qué hacemos, Mosquete?

Mosquete.—Yo creo, señor Alcalde, que no hay mayor inconveniente en complacer a esta buena mujer.

Alcalde *(después de pensar un momento).*—Conforme. A las cuatro de la tarde abrirán esta puerta *(señalando la principal).* Entra entonces, y te quedas sentada en ese rincón. Ahora, vete.

Olalla *(saliendo).*—Gracias, muchas gracias, señor Alcalde. Que Dios le premie su buen corazón.

(Sale Olalla.)

Escena V

Alcalde y Mosquete

Alcalde.—Ya ves, Mosquete, cómo sigue estando sana el alma de nuestro pueblo.

Mosquete.—Estos, éstos son los buenos súbditos de Su Majestad el Rey don Fernando.

Alcalde.—Con ellos seguirá siendo España lo que siempre ha sido. *(Breve pausa.)* Y ahora, Mosquete, vamos a hacer algo por el cuerpo, que también él es criatura de Dios. Poco antes de las cuatro, volveremos. Habrá que cuidar bien todos los detalles.

(Salen el Alcalde y Mosquete por la puerta principal. La escena se oscurece súbitamente.)

Escena VI

Juan Martín y El Cura Mingarro

(Al volver la luz a la escena —pocos instantes después—, ésta representará el calabozo de Juan Martín. Tal vez pueda conseguirse el efecto iluminando con un foco el espacio donde hayan de juntarse Juan Martín y el cura Mingarro, y manteniendo en total oscuridad el resto del escenario. En cualquier caso, sobre el suelo estará el miserable

camastro que sirve de yacija al condenado. Sentado sobre él y con la cabeza entre las manos, Juan Martín no advierte la llegada del cura Mingarro, que, vestido de ropa talar, se adelanta silenciosamente hacia él y queda en pie a su lado.)

Cura Mingarro.—Juan Martín...

Juan Martín *(levantando la cabeza y mirando fijamente a su visitante).*—¡Qué veo! ¡Si es el cura Mingarro!

Cura Mingarro.—El mismo, Juan Martín.

Juan Martín.—¿Y a qué se debe tan importante visita?

Cura Mingarro.—Me han encargado que como sacerdote me ponga a tu disposición. *(Breve pausa.)* Sabían que estuve en tu partida, y han pensado que esto sería una satisfacción para ti.

Juan Martín *(con ironía).*—Están en todo. Matan mi cuerpo, pero no hay detalle que no cuiden para que se salve mi alma. *(Breve pausa.)* Permíteme que te tutee. En un día como el de hoy, no hay hombre a quien yo no pueda hablar de tú.

Cura Mingarro.—Como quieras.

(Un breve silencio.)

Juan Martín.—¿Sabes lo que te digo, cura Mingarro? Que si tuviese que formar otra vez la partida, no admitiría curas con trabuco. Los curas, a rezar, a decir misa, y a enseñar a que los demás sean personas de bien.

Cura Mingarro.—Sólo como sacerdote he venido, Juan Martín.

Juan Martín *(con gravedad).*—Y como a tal sacerdote te recibo yo. *(Un breve silencio.)* Ya sé que te has hecho servil. *(Ante un gesto de réplica del cura Mingarro.)* No me atajes. Libre eras, y elegiste lo que te salió de dentro. Sé que te has hecho servil, y que has dicho cosas que un cura nunca debería decir. Pero vivo desde hace años defendiendo mi fe de cristiano como gato panza arriba, y por el quítame allá esas pajas de que tú seas servil no te voy a rechazar en este trance.

(Un nuevo silencio.)

Cura Mingarro *(sentándose en el poyo de madera que habrá junto al camastro).*—Dime entonces tu confesión.

Juan Martín *(riendo).*—¿Sabes que no sé cómo empezar?

Cura Mingarro.—Yo te ayudaré. *(Breve pausa.)* Ya me has dicho que sigues siendo cristiano.

Juan Martín *(con ironía).*—Aunque lo sea malamente, cristiano soy.

Cura Mingarro.—Dime cómo andas con los pecados que más han debido de tentarte. ¿Has pecado de soberbia, Juan Martín?

Juan Martín *(después de un momento de reflexión).*—Muchas veces. Cuando era guerrillero, contemplando mi partida grande después de una derrota de los franceses. Años después, viendo a mi lado tanta gente ruin y cobarde.

Cura Mingarro.—¿Y de lujuria?

Juan Martín *(sonriendo).*—¡Qué palabras emplea, cura Mingarro!

Cura Mingarro.—Mujeres, quiero decir.

Juan Martín.—¿Mujeres? Casi tantas como quise. *(Con súbita gravedad, tras una breve pausa.)* Sobre todo, una.

Cura Mingarro.—¿Y de ira?

Juan Martín.—Siempre he tenido vivo el genio, y muchas veces, muchas, se me ha disparado.

(Suena un golpe en la puerta del calabozo.)

Cura Mingarro.—¿Quién es?

Voz de Mosquete *(dentro).*—Dice el señor Alcalde que aligeren, que el tiempo urge.

Cura Mingarro.—¿Cómo se atreven a interrumpir tan sagrado ministerio?

Juan Martín.—La impaciencia por salvar mi alma, les quema la suya. O será que desconfían de ti, cura Mingarro, y piensan que estamos tramando mi fuga.

(Un breve silencio.)

Cura Mingarro.—Juan Martín, ¿te arrepientes de todos tus pecados?

Juan Martín *(tras una breve reflexión).*—No lo sé, cura Mingarro. No lo sé. *(Otra breve pausa. Entre las bromas y las veras.)* Mira, cura: yo sé muy bien que más arriba del purgatorio no he de llegar. Mis pecados... De algunos me arrepiento ahora; de otros, la verdad, quiero arrepentirme y no puedo. Seguramente, en el purgatorio cambiaré de parecer. Y si no cambio del todo, le diré a Dios con toda franqueza: «¿Me admites por fin allá arriba, con el orgullo de mi partida grande y mi querencia por aquella mujer, que ni lo uno ni lo otro me lo puedo quitar de mí?» No sé lo que Dios me dirá entonces.

Cura Mingarro *(con gravedad).*—¿Te arrepientes de tus pecados antes de morir? ¡De rodillas, Juan Martín!

Juan Martín.—¿De rodillas ante ti, cura Mingarro?

Cura Mingarro.—De rodillas ante Dios.

Juan Martín *(concentrado, sombrío).*—De rodillas ante Dios... *(Híncase de rodillas; con súbita gravedad y vehemencia creciente.)* ¡Dios, de rodillas estoy ante Ti! El odio y la saña me matan; el odio y la saña de algunos que no se quitan Tu nombre de la boca. ¡Pero lo que Tú deseas de los hombres, yo lo sé, es la libertad, el progreso y el amor! *(Breve pausa.)* ¡Dios, por mi pueblo muero! ¡Por una España con más libertad y menos pobres!

(Hondo silencio.)

Cura Mingarro *(desconcertado y conmovido).*—Juan Martín, nunca un hombre me hizo sentirme más cerca de Dios.

(Sigue Juan Martín de rodillas. Mientras el cura Mingarro comienza a musitar la fórmula de la absolución, nuevo golpe en la puerta del calabozo.)

Mosquete.—¡Vamos, vamos, que ya ha llegado la hora!

(Oscuridad.)

Escena VII

Alcalde, Mosquete, Olalla, Oficial, Voluntarios Realistas;
a poco, **Juan Martín** y **El Cura Mingarro**

(Al volver la luz a la escena, ésta representará de nuevo la sala del Ayuntamiento de Roa. La puerta de la calle, abierta de par en par, dejará ver al fondo las casas de la plaza mayor de la villa. En escena, el Alcalde, Mosquete, el Oficial, los cuatro Voluntarios Realistas y, acurrucada en un rincón, Olalla.)

Alcalde *(en pie, tras la mesa).*—Oficial, vaya a buscar al condenado.

Oficial *(a los Voluntarios).*—Seguidme.

(El Oficial, seguido por los Voluntarios, sale por la puerta lateral.)

Alcalde *(secándose el sudor).*—¡Qué calor! ¿Cuándo acabará este día?

Mosquete.—Para mí, nunca.

Alcalde.—¿Sólo para ti?

(Tras un breve silencio, entran por la puerta lateral, por este orden, Juan Martín, el cura Mingarro, el Oficial y los cuatro Voluntarios. Todos quedan en pie, esperando que el Alcalde dé la orden de salir hacia la plaza. Grave y hondo silencio. Rómpelo Olalla.)

Olalla *(abalanzándose hacia Juan Martín).*—¡Juan Martín, aquí estoy! ¡Aquí estoy, para morir contigo!

(Estupor en todos.)

Alcalde.—¿Qué dice esta mujer? ¡Oficial, deténgala!

(El Oficial y los Voluntarios rodean a Olalla, que habrá quedado ante Juan Martín. De un salto, éste se interpone entre el Oficial y Olalla.)

Juan Martín.—¡Qué nadie la toque! ¡El Empecinado la defiende! *(Al Oficial, que ha desenvainado su sable.)* ¿Para esto empleas tus armas, cobarde?

Oficial *(amenazando con el sable).*—¡Vamos, vamos!

(Juan Martín reconoce el sable que empuña el Oficial: es el suyo, el que al término de la Guerra de la Independencia le regaló el rey de Inglaterra.)

Juan Martín.—¡Mi sable! ¡Es mi sable! ¡Ladrón, no amenazarás con él a esta mujer!

(No obstante los grillos que le aprisionan, Juan Martín arremete contra el Oficial y logra arrebatarle el sable. Apenas lo ha hecho, uno de los Voluntarios le da por la espalda un bayonetazo. Cae Juan Martín con el sable en la mano y los Voluntarios le rematan a bayonetazos. Hondo estupor general.)

Olalla *(con gran voz).*—¡Juan Martín, viviré por tu España! *(Con voz menos vibrante, más íntima, y cayendo de rodillas.)* ¡Juan Martín, viviré por ti!

Telón

Balneario de Cestona, agosto de 1968.

Pedro Laín